# DELICIAS

DEL

# NUEVO PARAISO

RECOGIDAS AL VAPOR

EN EL SIGLO DE LA ELECTRICIDAD,

POR

JOSÉ SELGAS.

---

MADRID

ADMINISTRACION DE **LA MODA ELEGANTE,**

CALLE DEL ARENAL, NÚMERO 16.

1871.

Es propiedad del Editor.

IMP. DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

## *Sr. D. Cándido Nocedal.*

Mi querido amigo: ante el atroz espectáculo de la brutal contienda en que la sábia Alemania y la culta Francia se encuentran empeñadas, es probable que muchas gentes empiecen á sospechar que vivimos en un siglo real y verdaderamente bárbaro. Semejante sospecha debe herir nuestra vanidad, y justo es que cada uno en la medida de sus fuerzas salga á la defensa del siglo en que hemos nacido, al verlo calumniado por los devastadores efectos de la guerra salvaje, de que es sangriento teatro Europa, guerra consentida y respetada por las naciones más cultas del mundo, inclusa la humanitaria y sensible Inglaterra.

Por acudir á esta urgente necesidad de nuestra honrada civilizacion, en la parte que me es posible, he reunido apresuradamente los ligeros capítulos que forman este libro, y los doy á la estampa por si puedo conseguir que las delicias de la vida moderna sirvan de consuelo á los horrores de la guerra presente.

Si la voluptuosa Babilonia que está á punto de caer bajo los herrados cascos del caballo del rey Guillermo desaparece, como es natural, del cuadro de las grandes capitales, nosotros que hemos bebido en ella todas las dulzuras de la civilizacion moderna, mientras los prusianos vencedores imponen su voluntad con la punta de las bayonetas á Francia cautiva, á España agotada, á Italia envilecida, todavia podremos consolarnos exclamando á la faz del mundo: Todo se ha perdido menos el *can-can*.

Acepte usted este libro como una prenda del afectuoso cariño que le profesa su amigo

**J. Selgas.**

# INTRODUCCION.

Si la Providencia hubiera tenido por conveniente dejarnos elegir la época en que habíamos de nacer, no sé si hubiéramos elegido para venir al mundo la época presente; pero confieso con toda ingenuidad que una vez aquí, en medio del siglo XIX, no debemos encontrarnos del todo descontentos, y áun creo que debiéramos estar contentos del todo si pensáramos que abandonado á nuestra eleccion el momento en que habíamos de nacer, probablemente habríamos elegido otro peor que este.

Convengamos en que al fin y al cabo el siglo XIX es nuestro siglo, y no nos neguemos por pura hipocondría la viva satisfaccion de haber nacido en el más grande de los siglos.

No siempre se presentan ocasiones tan favorables, y todo el mundo sabe que la fortuna es una loca y que á la ocasion la pintan calva, para que nos veamos en la necesidad de cogerla por un cabello.

Afortunadamente el siglo en que vivimos no tiene por ahora más jueces que á nosotros, y por lo tanto, podemos con toda seguridad despacharnos á nuestro gusto.

Nosotros, que tenemos los piés en este siglo y las manos en los siglos futuros; que vivimos hoy con lo que pueda haber mañana; que nos hemos adelantado á nuestro tiempo hasta el punto de ser una generacion que se come muy tranquilamente el pan de las generaciones que no han nacido todavía, bien podemos, por la prodigiosa extension que hemos dado á nuestros legítimos derechos, erigirnos en nuestra propia posteridad.

Cualquiera que sea la razon en virtud de la que se haya concedido á las posteridades el derecho de juzgar definitivamente lo pasado, nosotros no podemos pasar por esas horcas caudinas sin exponernos á la contingencia de una quiebra que pudiera muy bien calificarse de fraudulenta.

Equivaldria á conceder á los contribuyentes el derecho de juzgar el caso enorme de los gastos públicos; seria hacer al marido juez del lujo de su mujer; seria, en fin, cerrarnos la inmensidad de ese gran bolsillo que se llama deuda, y que nosotros hemos sabido abrir por medio de esa llave maestra que llamamos crédito.

Cada siglo representa un papel en la historia, y á nosotros nos ha tocado en suerte representar el papel de la deuda.

Detrás del derecho está el deber, como el anverso está detrás del reverso; y siendo indisputable nuestro derecho á gozar de la felicidad más completa, claro es que los que nos sucedan en el usufructo de la vida han contraido de antemano el deber de pagar nuestra felicidad.

Hagamos á la posteridad juez de nuestro siglo, y nos expondremos á que nos proteste la cuantiosa letra que ya hemos girado contra los siglos futuros.

¿Y qué testimonio puede demostrarnos mejor la excelente bondad de nuestro siglo que el testimonio vivo de nuestra propia felicidad?

¿Qué género de sofismas podrán inventar

las generaciones futuras para hacernos creer que esta felicidad es una desdicha, que esta grandeza es una miseria, que toda esta prosperidad es una pura trampa?

Seria tanto como hacernos creer que el gas no alumbra, que la electricidad no habla, que el vapor no corre, que el dinero no vuela; equivaldria, en una palabra, á hacernos creer que nosotros no somos nosotros, que este siglo no es el siglo XIX.

No hablo con esas pobres gentes que viven perdidas en la soledad de los campos ó encerradas entre las cuatro tapias de sus humildes aldeas; que en vez de pedirle á la tierra el fruto anticipado le entregan anticipada la semilla; que en vez de gastar ahorran; que en vez de gozar trabajan; que en vez de ser grandes y poderosos, todavía se contentan con ser felices.

No hablo con esas gentes que en vez de poner su confianza en un banco, áun confian en el cielo; que tienen el trabajo por felicidad, los hijos por riqueza y el descanso por lujo.

Y no me atrevo á decir que el conjunto de todas esas gentes forman lo que se llama una gran mayoría, porque las mayorías todo lo

pueden, y esas pobres gentes apenas pueden salir del dia.

No hablo, pues, con ellas, porque en rigor no viven en nuestro tiempo; viven virtualmente léjos de nosotros, sin atreverse á pasar del umbral de nuestro siglo.

Hablo, digámoslo así, con nosotros, con los que vivimos en toda la plenitud de nuestro tiempo, en medio de estos grandes centros en que nos agitamos llevados y traidos por el incansable movimiento de la vida moderna.

Aquí es donde se ve el siglo en toda su majestad y en toda su gloria.

¿Quién, medio dormido en el regazo de su madre ó en los brazos de su nodriza, no ha oido contar alguna vez á la una ó á la otra las maravillosas delicias de la ciudad de Jáuja?

¿Quién, dormido del todo y columpiado por el suave movimiento de esos brazos que Dios ha hecho para dormir á los niños y para sujetar á los hombres, sintiendo en el alma la dulzura de esos besos que sólo las madres saben dar á sus hijos, no se ha visto trasportado á la ciudad de Jáuja?

En Jáuja los rios son de leche, las fuentes de miel, las casas de azúcar; Jáuja es el pa-

raíso de los niños. Pues bien; Lóndres, París, Madrid, son las Jáujas de los hombres, y los que no viven en Lóndres, en París ó en Madrid, no se puede decir que viven en el siglo XIX.

Aquí la felicidad nos sale al paso por todas partes.

Y no se crea que es esa felicidad ramplona que le pide al hombre virtud, que sólo está al alcance de las conciencias tranquilas, que puede poseerla el ignorante y adquirirla el pobre; no: se trata de una nueva felicidad, de la felicidad moderna, de esta felicidad que en cambio de todos los goces, de todos los placeres, sólo nos pide oro.

Es esa felicidad que necesita saber que somos ricos para concedernos el don siempre apetecido de ser dichosos.

No es esa felicidad vergonzosa que se esconde entre las cuatro paredes de la casa, ocultándose en el seno tranquilo de las familias honradas, como la mujer honesta esconde á las miradas de los hombres sus más bellos encantos.

No es esa felicidad inalterable y fastidiosa que descansa en la confianza de la amistad, en la seguridad del cariño, que hace á nues-

tros ojos amable la vida, que hace de una choza un palacio, de un pobre un rico.

No se trata de esa felicidad vulgar, acompasada como los movimientos del péndulo, regular como los latidos de un corazon sano, serena como un dia sin nubes, tranquila como una noche sin tempestades.

No se trata de esa felicidad solitaria, que se alegra el dia de la abundancia y se resigna el dia de la escasez.

No es esa felicidad sin gloria, sin ruido, sin celebridad, ignorada muchas veces hasta por los mismos que la disfrutan, la felicidad tumultuosa, arrebatada, deslumbradora y magnífica que nuestro siglo nos ofrece.

Aquí, donde detrás de cada esquina nos espera un placer; donde las mujeres más hermosas del mundo se disputan nuestras miradas; donde no hay calle sin café ni café sin teatro; donde los más maravillosos espectáculos nos arrastran, envolviéndonos en el torrente agitado de la concurrencia; donde no hay dia ni noche; donde una eterna primavera mantiene en esplendor constante la seda y el oro, el mármol y el bronce, los encajes y las perlas, el terciopelo y los diamantes;

Aquí, donde la miseria está prohibida y sólo se la consiente cuando canta y baila en medio de las plazas públicas, mezclando los gritos y las contorsiones de su felicidad á las convulsiones y á los gritos de la comun alegría;

Aquí no hay deseo ni apetito que no se satisfaga.

Las fondas, los cafés, los teatros, los palacios, los garitos, las cárceles y los casinos, harian inútiles las casas si no fueran absolutamente indispensables para formar las calles.

El placer nos tiende los brazos, la opulencia nos llama, la felicidad nos grita, el paraíso de la tierra nos abre de par en par sus puertas suntuosas, convidándonos á todos los deleites de la vida. Éramos hombres, y nos hemos hecho dioses; entremos, pues, en nuestra propia casa.

# EL PRINCIPIO Y EL FIN.

En el momento mismo en que estábamos á punto de reconocer la eternidad de la materia, en vitud de ciertas agudísimas averiguaciones, por medio de las que, varias ciencias confabuladas *ad hoc*, han revelado con el mayor sigilo á diversos sábios de los que hoy pueblan la tierra, que el orígen del mundo se pierde en la oscuridad de tiempos remotísimos; y que, por lo tanto, mientras no se tenga científicamente á la vista su partida de bautismo no se puede asegurar quién fué su padre, quedando la sospecha científica ó la opinion racional de que él mismo se diera sér á sí propio; un sábio, aleman por más señas, dando la

media vuelta á la derecha, correspondiente á esa media vuelta á la izquierda, ha descubierto el fin del mundo.

No teniendo Voltaire ya nada de qué burlarse, tuvo la ocurrencia de mofarse de la ciencia moderna, asegurando que era un imbécil el que en presencia del reloj negara el relojero; de manera que el ídolo de nuestra sábia impiedad declaró imbécil á esta ciencia que, descendiendo al fondo de las cosas, ha caido por su propio peso en el abismo de que al mundo no lo hizo nadie.

Y en verdad, ¿qué sabia Moisés para asegurarnos bajo la fe de su palabra, sin ningun género de demostracion científica, que Dios ha sido el autor del Universo?

El génesis moderno ya es otra cosa.

Cansada la materia de su eterno reposo, salió un dia del fondo de la nada; quiso ver, y de sí misma sacó la luz; quiso ser algo, y por la fuerza de su propia voluntad se convirtió en creadora de todas las cosas.

Una vez dueña de sí misma, se derramó por el espacio en innumerables mundos.

Aquello era coser y cantar.

La tierra se desprendió de aquella masa om-

nipotente como una hija que se separa de su madre, y por una coquetería propia de su sexo, comenzó á dar vueltas al rededor del sol, como diciéndole: «mírame.»

Entónces comenzó, digámoslo técnicamente, su *toilette*. Primero se envolvió con un manto de nubes; despues se sumergió en aquel anchuroso baño conocido con el nombre del diluvio, y salió de él ceñida la frente con el arco iris: se empinó en soberbias montañas, las montañas formaron los valles, por los valles corrieron los rios, los rios cubrieron sus caprichosas márgenes de yerbas menudas, de plantas airosas, de árboles gallardos.

Los mares se tendieron á los piés de esta divinidad hija de sí misma como leones domesticados.

El agua no acertaba á estarse quieta, y, por hacer algo, *confeccionó*, allá en sus profundas soledades, millones de peces y millares de mónstruos.

El aire no quiso ser ménos, y como es tan listo que se pierde de vista, con la rapidez de un soplo se cubrió de insectos y de aves.

La tierra vió esto y se sonrió, como quien dice:—ahora vereis—y sin más cumplimientos

convirtió el polvo en gusano y el gusano en cuadrúpedo.

Quiso perfeccionar la especie, y con movible ligereza saltó el mono entre sus manos.

La tierra debió soltar la carcajada ante aquella monería, y con esa curiosidad propia de las mujeres, quiso saber lo que habia dentro del mono, y ¡qué admirable casualidad! salió el hombre hecho y derecho, el hombre en cuerpo y alma.

Como si á este nuevo sér le hubiera trasmitido todo su poder y toda su inteligencia, desde aquel momento la materia se convirtió en completamente imbécil, sin que desde entónces á acá haya sido posible sacarla de su estúpido embrutecimiento.

Afortunadamente tuvo la precaucion de dejarle á cada planta el secreto de la semilla, y á cada especie la manera oculta de reproducirse, como si presintiera que su sabiduría habia de agotarse para siempre.

Hé aquí el mundo, tal y como ha salido de las manos de eso que se llama ciencia moderna.

Hé aquí el hombre, tal y como ha salido de la soberbia razon del mismo hombre.

Aquí tenemos la estupenda maravilla de un efecto sin causa, y el raro prodigio de un hijo que no ha tenido padre, ó más bien un efecto que es á la vez su misma causa, y un hijo que es á la vez su propio padre.

Aquí está el reloj que no ha necesitado relojero, ó mejor dicho, el reloj que se ha hecho á sí mismo.

Tal es el génesis; veamos ahora el dia del juicio: el fin debe corresponder al principio, y segun las últimas noticias que nos ha comunicado la ciencia, debemos confesar que en efecto corresponde.

Un sábio aleman se ha quemado las cejas, parece mentira, para averiguar que el centro de la tierra sufre un enfriamiento constante, que en virtud de este enfriamiento disminuye su volúmen, y asegura que llegará un dia en que quedarán sin base los continentes que se elevan sobre los mares, y entónces las cuatro partes del mundo, Europa, Asia, África y América, se hundirán como la decoracion de un teatro, y arrastradas por su propio peso quedarán sumergidas en el seno del mar.

El mundo, pues, se convertirá en un lago, y la tierra será un océano sin orillas.

¿Y qué le sucederá al hombre?

El sábio vuelve á abrir la boca, y nos asegura que las *razas humanas* tendrán que reducirse á vivir en los pocos puntos que escapen á la inundacion, y que estas razas, salvadas del naufragio en una tabla de tierra, se modificarán y se trasformarán físicamente en otras especies, á causa de las nuevas condiciones que se habrán creado en la vida orgánica por el cambio de la atmósfera.

No nos dice este profeta científico qué forma, poco más ó ménos, tendrá que adoptar la especie humana para poder acomodarse á las condiciones de esa nueva atmósfera; y esta omision, que nos deja á oscuras acerca de un punto tan importante, nos autoriza á buscar esa nueva forma de la especie humana, aunque tengamos que buscarla á oscuras.

Por de pronto se ocurre que aumentándose la extension del agua en razon de la disminucion de la tierra, el hombre tendrá que dividir las condiciones de su organismo para poder vivir con cierta comodidad entre uno y otro elemento, y adoptará por consiguiente la forma que mejor le venga de cualquiera de las especies de anfibios que nos son conocidas.

Podrá cada uno, como en una ropería, elegir el vestido que más le acomode, y haciendo cada uno de su capa un sayo, la especie humana, empezando por la rana y acabando por el hipopótamo, vivirá, digámoslo así, con un pié en el agua y otro pié en la tierra.

Nada más lógico que este fin, si se tiene en cuenta el principio: el hombre, que procede del mono, no encontrará gran inconveniente en convertirse en caiman; y si las cosas aprietan y el agua estrecha las distancias, del mismo modo que desde gusano llegó á hombre, bien podrá convertirse de hombre en cetáceo.

Ahora es el rey de la tierra, y entónces será el rey de los mares.

Pero demos á esta indagacion científica todo el crédito que se merece: cuando la ciencia humana habla es preciso bajar la cabeza, y tendremos todavía un recurso triple para sobrevivir á la catástrofe, reuniendo á la vez, para poder vivir en el agua y en la tierra, las condiciones del pez que nada, del ave que vuela y del bruto que corre.

Una vez que falte la tierra necesaria al linage humano, el hombre podrá trasformarse en

ganso, y de esa manera podrá vivir en el agua, en el aire y en la tierra.

Entónces sí que hablará la ciencia por boca de gansos; entónces sí que graznará la ciencia.

Y esa trasformacion que el sábio aleman ha sacado de las profundidades de su sabiduría, debemos tenerla encima; porque se observan casos frecuentes de hombres que ofrecen señales evidentes de que se inclinan á la especie de los palmípedos, arrastrados por la fuerza de una intuicion irresistible.

Es verdad que el sábio aleman asegura que el centro de la tierra necesita todavía quinientos millones de siglos para acabar de enfriarse; pero téngase en cuenta que el progreso, acortando las distancias, ha disminuido el tiempo, y que así como en cuarenta dias se le da una vuelta al mundo, así en cuarenta años se pueden correr millones de siglos.

Por otra parte, siempre ha habido hombres que se han adelantado á su tiempo, y no debe extrañarse que haya quien, adivinando ese cataclismo, se adelante á recibirlo préviamente trasformado de hombre en ganso.

¡*El* porvenir! Hé ahí *el* porvenir.

Los que para entender algo de lo presente

pasamos la vida tomando lecciones de lo pasado, no hubiéramos llegado nunca á comprender que lo porvenir reservaba á la especie humana tan gloriosa apoteosis.

Los que no hemos averiguado el orígen del hombre en la genealogía de la ciencia moderna, no podíamos comprender que esta máquina que piensa, llegara por una sucesion de trasformaciones á dejar de ser hombre.

Pero, francamente: partiendo del mono, no hay dificultad en convenir en que el hombre pueda llegar á ser ganso.

Y hé aquí una ciencia que nos lleva como de la mano, desde la brutalidad de nuestro orígen, á la barbarie de nuestro fin.

Y hé aquí por qué, hablando propiamente, tantos hombres superiores á sus tiempos graznan, agitando sus plumas, las glorias del porvenir.

Á todos aquellos á quienes oigais decir: «el porvenir es nuestro» creedlos, porque sin duda ninguna están ya más cerca de ser gansos que de ser hombres.

Se han adelantado á su tiempo quinientos millones de siglos y han empezado á embrutecerse por medio de la ciencia moderna, para

guiar á la *humanidad*, al través del tiempo, á su próxima trasformacion.

Tal es el principio y tal es el fin.

¡Oh civilizacion! ¡Oh progreso! ¡Oh ciencia!

# UN HOMBRE LIBRE.

---

Es *Vago*, segun la definicion más corriente, aquel que no tiene modo alguno de vivir conocido, cuando precisamente la vagancia es la manera de vivir más conocida que hay en el mundo.

Ya se ve; la vida es una lámpara que arde por más ó ménos tiempo, y necesita indispensablemente una cantidad mayor ó menor de aceite que alimente la llama; la sustancia indispensable para que arda la lámpara se llama dinero.

Para vivir, pues, más ó ménos tiempo, mejor ó peor, el hombre necesita proporcionarse ante todo y sobre todo una cantidad líquida.

Parece que debia entenderse por modo de vivir la manera de consumir esa cantidad, mayor ó menor, necesaria á la vida del hombre; pero no es eso: se entiende por manera de vivir, el modo de adquirir la suma de dinero que la vida consume.

De forma que el *Vago* se distingue únicamente de los demás hombres en el procedimiento desconocido, por medio del que, adquiere el dinero preciso para sus necesidades, para sus placeres, para sus vicios, para su opulencia; en una palabra, para llevar cómoda ó brillantemente por el mundo la carga de la vida.

*Vago* es el hombre que no ejerce oficio, industria ni profesion ninguna, que no posee renta, sueldo ni beneficio de ninguna clase, y que desdeña el trabajo de su entendimiento y de sus manos, como una tiranía que menoscaba el sagrado derecho de su libertad augusta.

Quedan, pues, excluidos de la especie, desde los políticos de oficio hasta los jugadores de profesion; el club y el garito son medios conocidos de vivir; las sociedades secretas son ya industrias públicas, y la prostitucion es

un comercio lícito admitido y corriente, con que se buscan la vida todas las mujeres que se pierden.

El *Vago*, en fin, es un sér raro, casi incomprensible, que vive por la razon, á la vez suprema y sencilla, de no tener sobre qué caerse muerto.

A los ojos de la sociedad, el *Vago* se plantea como un problema, cuyos términos son estos:

El que no tiene modo de vivir, ¿cómo vive?

A los ojos del *Vago*, el problema se plantea en otros términos, porque la dificultad se le presenta en sentido opuesto, y dice:

« Yo no tengo sobre qué caerme muerto; ¿cómo, pues, muero? »

Ahora bien; ¿es delito la vagancia?

Hay dos opiniones: unos dicen que sí, apoyándose en todos los códigos de Europa, que ya de un modo, ya de otro, condenan la vagancia. Los contrarios sostienen que no, fundándose en que no se encuentra por ninguna parte la lesion ni el daño, con que la vagancia lastima el derecho de otro.

Este *otro* no debe ser la mujer del *Vago*, que queda privada de todo auxilio por la vagancia de su marido.

No deben ser los hijos del *Vago*, que quedan abandonados por la vagancia del padre.

No debe ser la madre del *Vago*, que queda desamparada por la vagancia del hijo.

Y si no se quieren admitir estas excepciones, hay que reconocer, que la mujer no tiene derecho al auxilio de su marido, que los hijos no tienen derecho á la proteccion de sus padres, y que las madres no tienen derecho al amparo de sus hijos.

Pero en realidad el fondo de la cuestion no es este. Hay que partir del orígen legal de la sociedad presente para distinguir con toda claridad los deberes antiguos de los derechos modernos.

Nadie sabia cómo, dónde ni cómo celebra el hombre contrato alguno con los demás hombres, en cuya compañía vive, formando familias, pueblos y naciones; pero hace ochenta años que debimos salir de esta duda, porque *Juan Jacobo Rousseau* descubrió en la oscura y empolvada escribanía de su entendimiento el instrumento público de tan ignorado convenio.

Hasta entónces el hombre habia vivido considerándose ligado á la sociedad por los vínculos morales propios de su naturaleza, ha-

llándose en ella, permítaseme la comparacion, como el pez en el agua, como el pájaro en el aire, sin hacer memoria de haber estipulado préviamente las condiciones con que habia de vivir en lo que es su propio y natural elemento, y se resignaba á vivir en estrecha comunicacion con sus semejantes, engañado por el convencimiento de que no podia vivir de otra manera.

Mas esta ignorancia, tan antigua como el hombre mismo, vino á disiparse ante la aparicion de *El Contrato Social* de que dió fe, á falta de otro escribano, el mismo *Juan Jacobo Rousseau.*

En este caso la sociedad se empequeñece, se reduce y disminuye, hasta el punto de considerarse como un solo individuo, para que cada hombre por sí sólo represente tanto como la sociedad misma con quien ya á contratar las condiciones de su vida, pues de otro modo no podria verificarse en justa proporcion esta especie de contrato bilateral y contínuo, que cada uno hace al nacer con la sociedad en que va á ajustarse por el resto de sus dias.

En todo contrato parece preciso que las partes sean legalmente iguales, es decir, que

tengan igual aptitud para contratar, que estén igualmente revestidas de todos los requisitos y de todas las garantías necesarios para la perfecta legitimidad del contrato.

La sociedad, por consiguiente, debe reducir su poderoso conjunto á la nueva expresion de un simple individuo, ó el individuo necesita elevarse á la suma total del conjunto, para que el contrato sea perfecto, porque no tendria fuerza si el hombre, al contratar con la sociedad, no fuese moralmente tanto como la sociedad misma con quien contrata.

Es decir, que la primera condicion de *El Contrato Social*, es que la parte sea igual al todo, ó que el todo se haga igual á la parte.

En cada uno de estos contratos sucesivos entre la sociedad que existe y el individuo que nace, existe la posibilidad de nuevas condiciones por una y otra parte, que alteren contínuamente el modo de ser de los contratantes, y por lo tanto de lo contratado: si el individuo se somete por necesidad á la ley del conjunto, no hay contrato; si el conjunto se somete á la ley particular de cada individuo, no hay sociedad.

Mas esto no importa: el hombre tiene dere-

cho á ser salvaje, y no se le puede negar la libertad de que opte entre ser negro de Guinea ó individuo de un pueblo culto.

El facineroso que rompe con la sociedad no es en resúmen más que un individuo que pide la revision del contrato.

La sociedad huyendo de su orígen divino se refugia en la movilidad de un derecho puramente humano; lo que era una necesidad se ha convertido en un negocio.

Colóquese al hombre pactando con la sociedad y se le verá pedir mucho y ofrecer poco, lo querrá todo por nada; en una palabra, exigirá todos los derechos y se negará á todos los deberes.

Para formar parte del conjunto, para entrar en la sociedad, se asegura que el hombre tiene precision de hacer el sacrificio de una parte de su libertad de salvaje; pues bien, esta parte debe ser la ménos posible; y si se llega á conseguir que el individuo no haga sacrificio ninguno de su libertad, se alcanzará la plenitud de la civilizacion moderna; esto es, la feliz combinacion de estos dos términos: el hombre salvaje y la sociedad culta.

Ahora bien; cuantos ménos vínculos sujeten

al hombre á la sociedad, más libre será el hombre; por consiguiente, el *Vago* es el ciudadano más perfecto en las sociedades formadas por *El Contrato Social*, porque es el más libre, el que tiene más derechos y ménos deberes; en una palabra, el que más toma y el que ménos da.

En sociedades constituidas por la accion permanente de ese contrato contínuo, los individuos que adquieren los derechos sin la retribucion de ningun deber, que viven en ellas, digámoslo así, *gratis*, son verdaderamente los *socios de mérito* de la sociedad presente.

Tal es el *Vago*, elemento flotante que nace en el fondo y vive en la superficie, y que semejante á Simónides despues del naufragio, puede decir: « todas mis riquezas van conmigo. »

Es el sér completamente emancipado y perfectamente libre, que se levanta sobre los escombros de la última tiranía, la tiranía del trabajo; lleva á la sociedad todas sus necesidades, todos sus apetitos, todos sus vicios, y recoge en ella todas las satisfacciones.

Es el verdadero salvaje en medio de la sociedad culta.

No es padre, no es hijo, no es marido, apenas es ciudadano, porque no le queda tiempo más que para ser *Vago*.

Habia de vivir en medio de un bosque de árboles; pues vive en medio de un bosque de hombres.

¿Dónde está?

En todas partes.

En las casas de juego.

En los clubs.

En las turbas.

En los cafés.

En los corrillos.

Es el público de todo escándalo, el coro de toda infamia, el cortesano de toda iniquidad.

¿Cuál es su crímen?

¿Será por ventura haberse ingeniado la manera de ser más libre que el resto de los hombres? Además, la vagancia es una industria.

Pero el *Vago* por lo comun, vive, gasta, triunfa y brilla; ¿de dónde, pues, saca el capital que disipa?

Es verdad, pero en ninguna parte del mundo civilizado se considera como delito la fortuna de encontrarse una mina.

Por lo demás, no hay un sér más activo que

el *Vago*, porque no se sabe lo que es capaz de hacer un hombre libre de toda ocupacion útil y honesta.

Direis que el *Vago* no sirve para nada, y sin embargo, por eso mismo es materia dispuesta para todo: la *ganzúa* no es llave de ninguna puerta, y precisamente por eso sirve para abrirlas todas.

Suprimid los *Vagos*, y al cabo de algun tiempo habrá que poner en la puerta de las cárceles un letrero que diga: «Está casa se alquila;» y en las puertas de Madrid: «Este pueblo se acaba.»

Para ellos la vida es un dia de huelga, y alzándose contra aquella sentencia antigua que condenó al hombre á vivir del sudor de su frente, reivindican los derechos de la dignidad humana ultrajada por la tiranía del trabajo, y pasean su triunfante regeneracion entre el *Saladero* y el *Hospicio*.

Cayó la tiranía de Dios bajo los golpes repetidos del libre-exámen; cayó la autoridad del padre bajo el peso de la libertad de las costumbres; cayó la autoridad de los poderes públicos al empuje expansivo de las libertades políticas; empieza á caer la tiranía del trabajo con-

fundida por la holgada fuerza de la vagancia.

El *Vago* es la última evolucion de la libertad, y en el órden categórico de los séres humanos, es el sér completamente libre.

Volvamos la hoja y nos encontraremos con el hombre verdaderamente esclavo.

# EL HOMBRE ESCLAVO.

---

Queremos ser libres, y estamos empeñados en serlo, porque se nos ha metido en la cabeza la manía de que la libertad es nuestro propio y natural elemento.

El que no es libre parece que no es hombre; y sin embargo, desde el momento en que la edad le dice que ya es hombre, se pone en movimiento y emplea toda su libertad en hacerse esclavo, y no pára hasta que consigue serlo.

Hé aquí una paradoja que viene á ser la historia íntima del género humano; cada hombre es, más ó ménos, una página de esta historia.

Viene á la tierra por los misteriosos caminos

de la naturaleza, conducido por una mano poderosa é invisible, llama á las puertas de la vida y entra en el mundo llorando.

Parece que dice: «Yo no quisiera haber nacido.»

Abre los ojos y no ve, quiere andar y no puede, todo se escapa de sus débiles manos, quiere hablar y llora, porque el llanto es su único lenguaje.

Sólo durmiendo se le ve sonreir por primera vez; parece que necesita cerrar los ojos para estar alegre, como si el sueño, burlándose de su inocencia, le hiciera creer que áun no ha nacido.

Antes que en su madre, fija el niño los ojos en el cielo, como si el cielo fuera lo primero que ven sus ojos y lo primero que comprende su alma.

Para dormir á un niño hay que mecerlo, y hay que cantarle; y esto, que parece la cosa más natural del mundo, es á mis ojos un extraño misterio.

Yo no sé qué ciencia es la que ha revelado á las madres el secreto poder de esos dos recursos; pero todas los emplean con éxito seguro para acallar al niño que llora y dormir al niño que padece.

No hay desamparo semejante al del niño que no tiene una voz que le cante y unos brazos que lo mezan.

Este canto que la voz de la madre improvisa, incomprensible para el hombre, ejerce sobre el niño un dulce poder; en sus oidos debe sonar como una melodía conocida, como el eco de un recuerdo, como una voz amiga que lo llama fuera de la tierra.

Al son de este canto original, caprichoso, libre, que no admite reglas, que se burla de la música misma, que no cabe en el pentágrama, el niño se duerme.

El sueño es lo que más nos separa de la tierra, y es lo que más se parece á la muerte.

Los niños muertos parece que están dormidos, y por la misma razon los niños dormidos parece que están muertos.

Hay que mecerlos para que no se despierten.

El suave columpio de la cuna les debe hacer creer con su acompasado movimiento que se escapan de la tierra, que huyen, que vuelan.

Este sér tan frágil, tan débil, suspendido entre el cielo y la tierra por los brazos de su madre, será hombre, y ese hombre querrá sa-

berlo todo, poseerlo todo, dominarlo todo, ¡bah! querrá ser libre.

Escalará, en fin, la cárcel de la cuna, romperá al cabo la cadena de los brazos que lo sujetan al regazo de su madre, aflojará poco á poco los vínculos de la familia, se abrirá la prision de la casa, se emancipará, en fin, de la autoridad del padre.

Ya es hombre; sabe, quiere y puede; es libre.

Este hombre libre no gozará desde ese momento ni un instante de libertad.

Los primeros ojos negros ó azules que lo miren desde el bello rostro de alguna mujer, lo harán su prisionero.

Ella, hé aquí el tirano.

Él, he ahí el esclavo.

Ella es toda mujer; él es todo hombre.

El amor se burla de la libertad, y echen ustedes por donde quieran, siempre vendrán á parar á este último término: para que el alma sea libre, es preciso que el hombre no tenga corazon.

La primera libertad que el hombre se obstina en proclamar, es la libertad del pensamiento; y, justo es decirlo, suele conseguirla,

porque vemos á muchos pensar libremente á pesar de la razon, á pesar de la lógica, á pesar de la verdad misma.

Estos tres poderes se habian unido en tenebrosa conspiracion contra la libertad del pensamiento; podemos decir que no lo dejaban respirar, y acosado por todas partes se veia reducido el hombre á creer lo que dictara la razon, lo que dictara la lógica, lo que dictara la verdad, triple é ignominiosa dictadura que al fin y al cabo habia de hacerse insoportable.

El pensamiento gemia sometido á la servidumbre de esos tres señores de horca y cuchillo, que ejercian un poder absoluto por derecho propio contra la voluntad del hombre, hasta que se cayó en la cuenta y se gritó: abajo la razon, abajo la lógica, abajo la verdad, porque de otra manera no puede ser libre el pensamiento, y es preciso que el pensamiento sea libre.

Si yo estoy obligado á pensar lo que debo, ¿cómo pienso lo que quiero? Y si no pienso lo que quiero, ¿cómo puedo pensar libremente?

Ó la libertad de mi pensamiento es una vana fórmula, ó yo he conquistado con ella el derecho incontestable de volverme loco.

Si mi pensamiento es libre, mis acciones no pueden ser esclavas; mis actos son los hijos legítimos de mis pensamientos; no es posible que hayais decretado la libertad de mi pensamiento para tener el raro capricho de atarme las manos.

Poder pensarlo todo y no poder hacer nada, es un suplicio más horrible que el suplicio de Tántalo.

Si mi pensamiento es libre, mis acciones son libres tambien.

Mi pensamiento, en uso de su derecho, se burla de la razon, de la ciencia y de la verdad; y del mismo modo mis acciones se burlarán de todas las leyes.

Pues bien: este hombre libre vuelve un dia la esquina de una calle y ve un semblante triste ó risueño, sonrosado ó pálido, que por las raras combinaciones de una misteriosa fotografía se estampa en su corazon.

El hombre dice: «¡preciosa criatura!» y sigue su camino.

Otro dia, en un teatro, en una casa, en un paseo, se le aparece el mismo semblante, y el hombre exclama: «¡es ella!»

¡Es ella! quiere decir que es la misma.

Es esa exclamacion en que todo retrato debe prorumpir al encontrarse frente á frente con su propio original.

Es el momento en que la imágen de esa mujer, grabada en las profundidades misteriosas del alma de ese hombre, se acerca á su oido y le dice: «esa soy yo.»

Si no hubiera esta revelacion íntima, ese hombre no conoceria á esa mujer; á sus ojos seria otra, seria cualquiera, seria una mujer; pero no seria *ella*.

El que sorprenda la exclamacion de este hombre, puede llenarse de curiosidad, puede abrir los ojos con esa intensidad del que quiere verlo todo, y verá una mujer.

La mujer es una cosa tan comun como el hombre, tan vulgar como la vida, tan ordinaria como la muerte, y *ella* es precisamente todo lo contrario.

Una mujer es toda mujer, y *ella* es la única mujer.

El curioso, pues, no ve nada, y pregunta al hombre cuya exclamacion ha sorprendido:

—¿Quién es ella?

El hombre quiere descubrirle hasta lo más oculto de aquel secreto, y le contesta:

—*Ella* es mi pensamiento.

Cuando el pensamiento de un hombre toma la forma de una mujer, se apodera de tal modo del entendimiento, que lo llena todo; el hombre no sabe pensar en otra cosa.

Hé aquí el primer escollo en que naufraga la libertad del pensamiento.

*Ella* está allí dentro con una tenacidad casi invencible para que el hombre no pueda pensar más que en *ella*.

La fórmula de esta servidumbre es universal, es una de esas frases hechas que cierran el camino á toda discusion.

El hombre dice: «yo soy tu esclavo.»

*Ella* no es más que el primer anillo de la cadena.

Sus brazos parece que están formados para estrechar, para retener; su voz para persuadir, sus lágrimas para desarmar, su debilidad para vencer.

Ella nos rodea de cuidados, de solicitud y de ternura, formando á nuestro alrededor el finísimo enrejado de una preciosa jaula.

Detrás de ella está la casa, la familia; ella es el tirano, la casa es la cárcel, la familia es la cadena.

Si el hombre no cae en esta dulcísima esclavitud, podrá ser en todo el rigor de la palabra un hombre libre; esto es, un hombre sin mujer, sin casa, sin hijos: el esclavo de todas las mujeres, el siervo de todos los vicios.

Si se somete á la cadena de los afectos que esclavizan su corazon; si sucumbe á la tiranía de la verdad y de la lógica, que estrechan su razon y su entendimiento; si es esclavo de sus deberes, siervo en la familia, cautivo en el hogar doméstico, ¿será libre en la sociedad en que vivimos?

La pregunta es grave, y acaso el lector curioso tropiece con ella en el capítulo siguiente.

# TRIUNFO DE LA MATERIA.

Yo veo á la materia obedecer ciegamente los mandatos del hombre; la veo tomar todas las formas, revestirse de todos los colores, trasformarse, combinarse; la veo contenerse dentro de la figura que el hombre le da; la veo, en fin, dócil, domesticada, tratable, casi inteligente, en una palabra, culta.

Veo el mármol, tan duro de cascos por su naturaleza, dejarse persuadir por las agudas insinuaciones del cincel, y le veo abrirse poco á poco como un libro para dejar paso al conjunto animado y armonioso de una estátua.

Veo el agua, de suyo inquieta, impaciente y revoltosa, someterse humilde á la ley del cauce, precipitarse en el sifon que la llama, tre-

par por las estrechas paredes de los saltadores, y salir orgullosa, como quien sabe lo que se hace, diciendo á todo el que quiere mirarla: «hé aquí un precioso canastillo, hé aquí un soberbio ramillete, hé aquí un finísimo encaje.»

Veo que el aire vago é indolente que va de un punto á otro arrastrado por la fuerza de su propia inercia, que está á la vez en todas partes, como si esa fuera la única ocupacion de los que no tienen nada que hacer, que pasa su vida tendido sobre la tierra, atizando incendios y apagando luces, cede al fin á las persuasivas insinuaciones del fuelle que le recibe y le rechaza como un pulmon que respira.

Yo le siento entrar con discrecion admirable en las complicadas tuberías del órgano, y le veo salir por todas aquellas bocas mudas, cuya lengua es él, hablando bajo las bóvedas augustas de los templos, ese idioma universal con que la tierra canta las grandezas del cielo.

Le veo recibir de la cuerda herida por el arco ó por la mano la nota triste ó alegre, tierna ó desesperada, y le veo esparcirla, extenderla, vibrarla en invisibles ondulaciones, llevándola de oido en oido, de alma en alma, como lleva

la palabra al pensamiento, como si supiera lo que hace, como si entendiera lo que dice.

Yo veo al vapor frágil, que se escapa de las manos, que huye como si supiera que un soplo lo disipa y un rayo de sol lo deshace; yo le oigo mugir encerrado en su cárcel de bronce, y le veo arrastrar con pasmoso empuje pesos enormes, siguiendo siempre la señal de las inflexibles paralelas que van delante de él marcándole el camino.

Yo veo la electricidad que se inflama en el relámpago, que brama en el trueno y estalla en el rayo, como si quisiera decir en este triple y tremendo lenguaje: «Yo ciego al que me mira. Yo aterro al que me oye. Yo abraso al que me toca.»

Y sin embargo, al mismo tiempo la veo correr como un *saltimbanqui* por la frágil maroma de un alambre, siguiendo con docilidad inteligente todas las insinuaciones del más severo equilibrio.

Yo la veo escribir en los aparatos telegráficos con la misma soltura, con la misma agilidad, con el mismo desenfado con que pudiera hacerlo el taquígrafo más eminente.

Esa fuerza bruta que parece que tiene su

trono en las nubes y su sér en las tempestades, por la virtud mecánica de una pila en combinacion con un alambre, se ha convertido en el oráculo del género humano.

El hombre, las familias, los pueblos y las naciones, están pendientes del telégrafo.

¿Qué dicen los dioses? preguntaban los pueblos paganos.

¿Qué dice Dios? preguntaba el pueblo de Israel.

¿Qué dice el telégrafo? preguntan los pueblos modernos.

Se vive al vapor y se piensa al telégrafo.

Ó, lo que es lo mismo, ni se vive ni se piensa.

Es imposible hacer más con la materia.

El mundo es un gabinete de física, un taller de mecánica, un laboratorio de química, un museo industrial, en los que la matéria, sorprendida como el raton por el gato, ha caido de plano bajo el imperio absoluto del álgebra y de la geometría.

En virtud de este dominio de la ciencia, la materia, regularizada, reglamentada, instruida, digámoslo así, civilizada, es capaz de todo.

Ella corre y vuela, lleva y trae, brilla y gasta, comercia y habla.

Es la cantidad elevada al cubo.

Es admirable el órden á que se ha sometido, y sin embargo, la uniformidad del majestuoso desarrollo de sus facultades productoras es la cosa más natural del mundo.

La materia puesta en movimiento por la ciencia aplicada á la industria, parte de todos los puntos de la circunferencia para ir á confundirse en la unidad del punto céntrico.

Esta unidad es su pensamiento, y este pensamiento elevado á su fórmula abstracta se llama ganancia, y reducido á su fórmula concreta se llama dinero.

La ganancia es la idea y la realidad es el oro.

De esta manera se han asociado todas las facultades de la materia, contribuyendo toda ella con la variedad de sus elementos, de sus cualidades y de sus virtudes en el pensamiento comun de realizar ganancias, esto es, de hacer dinero.

Principio, la materia; medio, la ciencia; fin, el deleite.

Y en medio de este armonioso movimiento y de esta espléndida regeneracion de la materia, ¿qué es el hombre?

¿Es su dueño ó su esclavo?

Ella no tiene brazos, y por consiguiente no podia servirse de sí misma para emprender la obra de su grandiosa regeneracion.

Necesitaba manos, y tomó las del hombre.

Ella le dió á entender que en el fondo de toda sustancia en bruto hay un bolsillo, más ó ménos lleno, y el hombre se alquiló á la materia, porque ella le dijo: «Todo lo que yo gane será para tí.»

El mármol, dejándose romper, le dijo: «Aquí hay una estátua.»

El agua, impulsada por el fuego, le dijo: «Aquí hay una fuerza.»

Las flores le dijeron: «Aquí hay perfumes.»

Un ruin gusano, tejiendo indolente su celda solitaria, al encerrarse en ella para morir, le dijo: «Esto es seda.»

Un poco de barro fundido en horno misterioso, le envió desde la grieta del peñasco en que estaba encerrado, los rayos luminosos del diamante.

La arena calcinada, deshaciéndose debajo de sus piés, le gritó: «Yo quiero ser cristal.»

La piedra le gritó con dureza: «Yo quiero ser hierro;» y el hierro á su vez le dijo: «Yo quiero ser acero.»

El plomo, con su pesadez natural, le gritaba: «Yo tengo plata;» y el cobre, cediendo á la vanidad de su opulencia, le descubria de vez en cuando los hilos casi invisibles de sus venas de oro.

Toda la materia le rodea gritándole: «Aquí hay dinero;» y el hombre se vende á la materia, y se alquila á la ganancia, y al someterse á la imperiosa seduccion de los intereses materiales se ha rebelado contra su espíritu, creyéndose dueño del mundo en el momento en que ha empezado á dejar de ser dueño de sí mismo.

La materia le obedece y se inclina delante de él, como la sultana dobla la cabeza ante su esclava, para que ésta le ciña la diadema.

El oro es la divinidad que adoramos, la única autoridad que reconocemos; el culto de ese dios es el placer, y ya no hay respeto humano más que para las cantidades respetables.

Desde el momento en que el número funda el derecho, la razon pertenece á la cantidad, y no puede haber más ley que la fuerza.

Trescientos votos, tres mil millones, trescientos mil fusiles; una mayoría, un bolsillo y

un ejército; tres números, tres cantidades, tres sumas, esto es, tres fuerzas brutas.

Todo puede hacerlo un parlamento, todo lo hace el dinero, todo lo puede un ejército; legisladores en *comandita*, capitales en circulacion, soldados en batalla; un congreso, una bolsa y un cuartel; el número, la suma, la cantidad; la masa que discurre, que especula, que arrolla.

Explosion abrumadora de intereses materiales que nos aturde.

Atraccion irresistible de goces materiales que nos arrastra.

El número es la razon material.

La cantidad es la verdad material.

La fuerza es la ley material.

Este es el órden material.

Dejemos al hombre bajo el peso de esta múltiple tiranía, y busquemos á la mujer como la civilizacion quiere que sea, y como ella es.

Veámosla.

# LA BELLEZA ETERNA.

Debe considerarse como un mero capricho ó como una preocupacion inexcusable, el empeño de ser feas con que todavía se distinguen algunas mujeres, y la costumbre inveterada de envejecer que áun domina en todas ellas.

Hasta ahora, preciso es confesarlo, han podido resignarse á los imperiosos mandatos de la naturaleza sometiéndose á las duras condiciones de esa ley que obliga á ser feas á algunas y á envejecer á todas.

Contra lo primero, sólo se habian encontrado términos medios, subterfugios, sofismas, cosméticos, digámoslo así, empíricos, cuyo éxito no pasaba del exíguo resultado de poner al alcance de las mujeres una hermosura inter-

mitente ó una juventud de pura perspectiva.

En honor de la verdad, la química aplicada á la hermosura y á la juventud no se encontraba á la altura que señala el nivel de nuestros adelantos, porque en vez de cubrir las incorrecciones en que suele incurrir la naturaleza y de ocultar los deterioros con que el tiempo maltrata á las mujeres, sólo servia para descubrir la misma necesidad que no acertaba á vencer.

Semejante á la deuda, producto natural del crédito, en vez de decir «esto hay,» decia simplemente «todo esto falta.»

El cosmético más fino, la composicion más exquisita y más perfecta podian ser comprados por las mujeres, ya en una, ya en otra perfumería; pero es lo cierto que esas maravillosas combinaciones de sustancias químicas, hábilmente preparadas, se vengaban á su vez vendiendo en todas partes á las mismas mujeres que las habian comprado.

No hay mujer que no quiera ser hermosa y que no quiera ser jóven: esto ha podido sospecharse con más ó ménos fundamento, con más ó ménos excepciones; pero ha adquirido una autenticidad incontestable, ya en unas muje-

res, ya en otras, por el testimonio irrecusable de los afectos con que á todo trance buscaban una belleza inverosímil ó una juventud imposible.

Tratando de ocultar delante del espejo los defectos del semblante, no hacian más que descubrir, en presencia de las gentes, los excesos de sus deseos, y al querer asegurar que eran hermosas, sólo conseguian advertir que deseaban serlo; porque las más ingeniosas combinaciones de la química no habian pasado en este punto de tentativas desgraciadas.

Mas sea como quiera, de este modo protestaban por lo ménos contra las injusticias de la naturaleza y contra los implacables rigores del tiempo, manifestando hácia sí mismas un desprecio, cuya intensidad sólo podia medirse por el afan que mostraban en ser otras.

Pero es el caso que la dificultad ha llegado á ser vencida, que la naturaleza resueltamente derrotada y el tiempo hábilmente esclavizado, no tienen ya facultad ni poder para conseguir que una mujer sea fea, como ella no quiera serlo, ni pase de los veinte años, á no ser que por puro capricho se obstine en cumplir cincuenta.

Aunque se trata de juventud y de hermosura, permítaseme decir que A. Reyna ha puesto el dedo en la llaga.

Pero, ante todo: ¿quién es A. Reynaud?

Si se le considera por su aspecto exterior, no pasa de ser un hombre segun la naturaleza; si se atiende á su condicion civil, puede afirmarse que es un ciudadano; y si se examina el medio que ha elegido para buscarse la vida, puede presumirse que sea un perfumista.

Mas si dejamos la superficie para penetrar en el fondo; si apartamos al hombre, al ciudadano y al perfumista, nos encontramos con un genio.

A. Reynaud es una de esas inteligencias extraordinarias y poderosas, que aparecen de vez en cuando sobre la tierra para iluminar con un solo rayo de luz toda la fisonomía de un siglo.

A. Reynaud es una antorcha.

La primera cualidad que se advierte en el genio de este hombre inesperado, es el profundo conocimiento que ha adquirido del tiempo en que vive, bajo el triple aspecto de la filosofía, de la moral y del arte.

Filosóficamente hablando, ha descubierto y

formulado la última, y por consiguiente, la más sublime *evolucion del concreto*.

Moralmente, ha establecido el principio de una igualdad perfecta é inmutable.

Artísticamente, ha condenado á la fealdad á cadena perpétua.

A. Reynaud ha completado la revolucion, levantando en la cuarta plana de todos los periódicos, bajo la modesta forma de un anuncio, esta magnífica bandera:

«La belleza eterna.»

Y por si alguno pudiera pensar que la belleza eterna es Dios, añade:

«Arte de conservarse y embellecerse.»

Y como pudiera haber álguien que por razones propias ó ajenas se resistiera á creer en la maravilla del descubrimiento, A. Reynaud advierte como testimonio poderoso, que «se vende en las principales librerías de Madrid.»

No siempre discurre el hombre con la razon, y no deja de ser frecuente en nuestros tiempos que los hombres más sensatos discurran con el bolsillo, atendiendo á que el dinero va siendo la razon suprema de todas las cosas.

Y en este caso probable no faltará quien apreciando en todo su valor tan extraordinario

descubrimiento, caiga en la cuenta de que la *Belleza eterna* que se le ofrece pueda costarle un ojo de la cara, y es muy fácil que prefiera no ser tuerto en los años que le quedan de vida á ser eternamente hermoso; pero tambien sale al paso de esta dificultad, añadiendo que tan estupendo prodigio sólo cuesta dos reales.

De todos modos, ¿qué excusa pueden tener ya las mujeres que se obstinen en ser feas? ¿Qué disculpa encontrarán las que persistan todavía en el empeño de envejecer?

Ello es que el poderoso y frágil atractivo con que esa bella mitad del género humano que se llama mujer, esclaviza á la otra mitad que se llama hombre, ha adquirido un encanto eterno.

La mayor parte de las mujeres que lean estos renglones, al llegar aquí llenas de impaciente curiosidad, acudirán al espejo empeñadas en descubrir el secreto de esa belleza infusa é interminable que poseian en gérmen sin saberlo.

Examinarán atentamente las más seductoras combinaciones de la mirada, probarán todas las actitudes, todos los movimientos, todas las sonrisas, y se apartarán del espejo,

dirigiéndose á sí mismas esta pregunta íntima: ¿Qué será?

Despues de una meditacion más ó ménos profunda, se darán una palmada en la frente: ya están en el secreto.

La moda infatigable ha producido alguna nueva y extraordinaria maravilla, que hace irresistible para el corazon del hombre el imperio de las mujeres.

No hay duda; aquí hay alguna invencion maravillosa, algun adorno supremo que posee la doble virtud de realzar la belleza de las mujeres hermosas y de ocultar las imperfecciones de las mujeres feas.

Aquí hay un vestido irresistible, un sombrero encantador ó un aderezo celestial que ha convertido de repente á la mujer en ángel.

¿Será esto?

Quizá no sea un capricho de la moda; tal vez sea un prodigioso paso de la ciencia.

Quizá no sea ni un vestido irresistible, ni un sombrero encantador, ni un aderezo celestial; acaso no sea más que el prodigio de un cosmético.

¿Será posible?

Hay un hombre que ha descubierto LA BE-

LLEZA ETERNA, y ha participado al mundo civilizado su descubrimiento por medio de la imprenta : se trata de un libro.

La lengua del siglo va de pueblo en pueblo, de casa en casa, anunciando á las gentes que Mr. Reynaud vende á dos reales el arte supremo de conservarse y embellecerse.

La naturaleza avergonzada debe huir y ocultarse en el último rincon de la tierra.

Ella otorga el don de la hermosura á su capricho, *gratis*, es verdad; pero ápenas lo da cuando lo quita.

Hermosura fugitiva que deslumbra como la luz del relámpago, y que como el relámpago desaparece.

Hermosura cruel que se escapa precisamente cuando más se necesita.

Pero, ¿es posible detener la juventud que huye, los encantos que se disipan, la hermosura que se desvanece?

Sí es posible; mas ni á la moda, ni á la química, ni al arte de Reynaud, deben las mujeres el imperio de tan poderoso atractivo.

No consiste ni en la correccion del perfil, ni en la gracia de la sonrisa, ni en la dulzura de la mirada.

No consiste tampoco en el aire seductor de un lazo espiritual, ni en el color, ni en la figura, ni en los adornos.

Es un atractivo que no está en las mujeres, que está sólo en la mujer, porque está en todas y sólo podemos encontrarlo en una.

Encanto singular: ellas mismas no saben que lo tienen, y parece como que están empeñadas en no querer tenerlo.

Fijemos por un momento la mirada, detengámonos un instante.

No hay nada que quite tanto la vida al hombre como las mujeres.

Todos dicen á todas: Juana, Emilia, Francisca, Nicolasa, Julia: yo me muero por tí.

¿Quién no ha oido y quién no ha dicho muchas veces: esa mujer me está matando?

Esa mujer es unas veces una, y otras veces otra, ó más bien, eso lo dicen todos los hombres de todas las mujeres.

—¿Me quieres? pregunta ella.

Siempre que hace esta pregunta es que lo sabe.

El hombre contesta: no como, no duermo, no pienso, no vivo.

Eso lo preguntan todas y lo contestan todos.

Los hombres se pierden por las mujeres, se arruinan por las mujeres, se deshonran por las mujeres, se mueren por las mujeres y se matan por las mujeres.

¡Las mujeres! hé ahí la muerte del hombre.

Pues bien; hé aquí el prodigio:

Las mujeres nos matan, pero hay una mujer que nos alarga la vida.

—¿Dónde está esa mujer?

—En todas partes.

—¿Cómo encontrarla?

—Donde quiera que haya una mujer, esa es.

—¿Será hermosa?

—O fea.

—¿Será rica?

—O pobre.

—¿Son todas?

—Es una.

—¿Una sola posee ese singular privilegio?

—No, lo poseen todas.

—Hé aquí una cosa incomprensible.

—Hé ahí una cosa matemática.

—Es un juego de palabras.

—Todo lo contrario, es una série de hechos.

—¿Quién los sabe?

—La experiencia.

—¿Quién los cuenta?

—Todos lo contamos.

El amante dice á todas las mujeres: «por tí me muero.»

El marido dice á su mujer: «por tí vivo.»

Dice el amante: mi esperanza, mis ilusiones, mi amor.

Y dice el marido: mi mujer, mis hijos, mi familia.

El amante dice: estoy loco.

El marido dice: estoy contento.

Soy feliz, exclama el amante.

Y exclama el marido: soy padre.

«Tú eres mi alma, tú eres mi vida, tú eres mi corazon,» dice el amante á todas las mujeres.

Y el marido sólo puede decirle á una sola: «tú eres mi mujer.»

Hé aquí una doble cuestion de moral y de higiene.

Tal es el irresistible atractivo, el encanto permanente que da fuerza al dulce imperio que la mujer ejerce sobre el hombre.

Es un secreto con que ellas no cuentan.

Las mujeres matan.

La mujer da la vida.

Todas..... ¡bah! son mentira.
Una..... esa es la verdad.
Todas..... son la locura ó el vicio.
Una..... es el juicio y la virtud.
Muchas..... son el placer.
Una..... es la felicidad.

Así son las mujeres y así es la mujer; pero á continuacion veremos cómo es preciso que sean para que se complete la igualdad armoniosa del linaje humano.

# LA EMANCIPACION DE LA MUJER.

---

En Inglaterra se piensa muy formalmente en dar derechos políticos á las mujeres; en Salford ha habido ya un *meeting* muy serio, en que bajo la presidencia del alcalde, dignamente acompañado de su esposa, se ha proclamado el principio de que la mujer debe ser hombre; en los Estados-Unidos ha visto la luz un periódico redactado por mujeres, con este lema varonil: «A los hombres sus derechos y nada más, á las mujeres sus derechos y nada ménos.» Se expiden como la cosa más natural del mundo títulos académicos de bachilleres y doctores á favor de las mujeres; en Lóndres se ha querido establecer una Universidad exclu-

sivamente para ellas; en Zurich acuden á estudiar medicina las más tiernas jóvenes.

En las costumbres se nota el mismo movimiento: las inclusas ofrecen un número creciente de niños, que atestiguan la existencia de un número igual de mujeres que no quieren ser madres; en New-York ha sido moda la embriaguez pública entre las mujeres más elegantes; manejar un caballo y dirigir un coche entra ya en los elementos de educacion de cualquiera señorita medianamente instruida; muchas, cansadas del humo afeminado de la lisonja, prefieren el humo varonil del tabaco, y fuman con toda la gracia que les ha concedido la naturaleza.

Es posible y áun probable y áun seguro, que haya en España muchos infelices que apartados de las corrientes más vivas de la civilizacion moderna, ignoren á estas fechas lo que pasa en los Estados-Unidos, en Salford, en Lóndres y áun en el mismo Zurich, y por consiguiente crean á puño cerrado que las mujeres no pueden dejar de ser mujeres, fundando tan supersticiosa preocupacion en el frágil testimonio de sus propias mujeres, de sus propias hijas y de sus propias madres.

Pero, ¿qué fe puede hacer la familia en este caso? Las hijas, las mujeres y las madres son evidentemente testigos interesados, y por lo tanto recusables.

No obstante, para que la mujer caiga en la cuenta de que puede cambiar la condicion de su naturaleza, es preciso librarla del yugo de la familia, es preciso que no tenga padre, que no tenga marido, que no tenga hijos; porque los hijos, los maridos y los padres le harán creer siempre y en toda ocasion que es hija, que es esposa ó que es madre; esto es, le harán creer siempre que es mujer.

Y es preciso más, porque las preocupaciones se agarran con profundas raíces y todo lo aprovechan para que no haya manera de arrancarlas; es preciso sacarlas del artificio, de la trampa en que su propia naturaleza las tiene cogidas; es preciso ante todo que el pudor, saltando de lo profundo del alma á la superficie del rostro, no les diga ni una vez siquiera que son mujeres.

Orilladas estas primeras dificultades, es evidente que la mujer puede llegar á ser hombre, y esta equiparacion jurídica sacará al mismo tiempo á los hombres de la obligacion legal en

que se encuentran de tener que casarse siempre con mujeres, pudiendo elegir para madres de sus hijos, segun sus aficiones y sus gustos, licenciados en medicina, doctores en jurisprudencia, delicados reclutas, amables pilotos, dulces sargentos de caballería, y será frecuente el caso de que nos disputemos la blanca mano de algun bello presidente del Consejo de ministros.

La cuestion que por de pronto se origina ofrece, sin embargo, una notable desigualdad, porque si las mujeres tienden á trasformarse en hombres, el dia que lo consigan, los hombres se habrán quedado sin mujeres; y como no se trata de que el hombre varíe de condicion, resultará que las mujeres tendrán hombres, y los hombres no tendrán mujeres.

Nótese bien el desnivel que resulta de la realizacion de este progreso en la condicion de la mujer, y se advertirá que esto no puede ser más que la mitad de la tendencia que se observa en las sociedades modernas, y que el pensamiento se completa convirtiéndose á la vez los hombres en mujeres.

Pero meditemos.

Es ciertamente una necesidad imperiosa del

movimiento civilizador, por medio del cual se está rehabilitando y perfeccionando el género humano, poner ya término á la triste condicion que obliga á las mujeres á ser madres de familia.

No es justo que el hombre pueda serlo todo, desde mozo de cordel hasta presidente del Consejo de ministros, y que la mujer no pueda salir de la triste condicion de hija de sus padres, de mujer de su marido ó de madre de sus hijos.

Es verdad que la naturaleza, obedeciendo como una esclava los decretos de la Providencia, ha establecido entre el hombre y la mujer una profunda diferencia; pero esto que podia pasar muy bien en la infancia de la humanidad, cuando los hombres no estaban bastante instruidos para poder sublevarse contra las leyes de la naturaleza, no es posible, desde el momento en que la ciencia humana ha conquistado el derecho de corregir la obra de Dios.

El mundo hasta ahora no ha sido más que un ensayo de las leyes eternas que lo rigen, y hemos podido observar el excesivo lujo con que procede la naturaleza, y ya es tiempo de empezar á corregir sus enormes despilfarros.

La mujer, económicamente considerada, es un fausto ruinoso que por espacio de muchos siglos se ha creido el hombre obligado á sostener.

Ella se nos presenta y nos exige, como cosa que le pertenece, una proteccion que hasta ahora nosotros no hemos sabido negarle.

¿Y en nombre de qué derecho pretende nuestra proteccion?

En nombre de un extraño derecho; en nombre de su debilidad.

¿Hemos de protegerla porque es débil?

¿Desde cuándo los débiles tienen derechos?

¿Acaso porque el hombre es fuerte se le ha condenado á pasar por la tierra como un mozo de cordel encorvado bajo el peso de ese enorme fardo que se llama familia?

Ellas nos piden nuestra proteccion, nuestro respeto; y en cambio, ¿qué nos dan?

Nos dan: hijos.

¿Será justo que á título de esposas, que á título de madres, nos impongan la costosa obligacion de ampararlas y mantenerlas?

La mujer es un lujo, la familia una carga; ambas cosas demasiado antiguas para que

pueda pasar por ellas eso que se llama economía moderna.

La mujer, como esposa y como madre, es cara, y el recurso es bien sencillo: no hay más que trasformarla en hombre.

¿No es una inteligencia?

Pues que estudie.

¿No es una fuerza?

Pues que trabaje.

En una palabra, que se gane la vida en un taller, en una oficina; que sea médico, ingeniero, abogado, procurador, lo que quiera que sea, con tal que gane dinero.

Saquemos á la mujer de la esclavitud que le impone su sexo, saquémosla de la triste condicion de ser madre de familia.

La mujer es mujer. Perfectamente. Pero esa dificultad se resuelve haciéndola hombre.

Bastante tiempo las hemos mantenido á título de madres de nuestros hijos; bastante tiempo las hemos considerado bajo el frívolo pretexto de que eran las dulces compañeras de nuestra vida.

¡Y en qué engaño hemos vivido!... Parecen tan delicadas... tan tímidas... tan débiles: poseen el secreto de una fuerza inmensa: el

amor las hace héroes, el cariño mártires, la virtud fuertes, la fe invencibles: vencen con una mirada, triunfan con una sonrisa, esclavizan con una lágrima.

Esos séres que parecen tan frívolos, poseen el secreto de una ciencia profunda; la ternura las hace adivinar todo aquello que pueda ser agradable al que es objeto de su cariño.

Ellas solas entienden y hablan esa lengua sin gramática y sin diccionario que hablan los niños cuando todavía no hablan.

Ellas disponen de una química infusa con la cual confeccionan esa miel con que tantas veces dulcifican las amarguras de nuestra vida.

¿Dónde han aprendido esa filosofía práctica con que mantienen en el seno de la familia el órden, fuera del cual no existe nada?

¿En qué escuela han adquirido esa extraña mecánica con que saben dirigir y manejar todos los pormenores de esa máquina íntima que se llama familia?

Si los niños pudieran hablar, es decir, si nosotros supiéramos entenderlos, ellos nos dirian que en ninguna parte duermen mejor que en el regazo de una madre.

¿En qué, pues, nos detenemos? Saquemos

esa poderosa aptitud, esa influencia decisiva, que se llama mujer, de esa cárcel oscura que se llama hogar doméstico; librémosla de la argolla que contínuamente la sujeta á la esclavitud de la familia; emancipémosla de la ominosa servidumbre del marido; arranquémosla del yugo de los hijos; quitémosle los frívolos cuidados de la casa; rompamos las cadenas del decoro, de la honestidad y del recato; derribemos, en fin, las cuatro paredes de la casa, y plantémosla en medio del arroyo.

¿No dicen que la mujer es un tesoro? Pues bien; explotémoslo.

Saquémosla de esa triste condicion, de la cual se han emancipado en virtud del acto supremo de su voluntad soberana todas las mujeres libres.

El siglo del crédito, de esa maravilla, de ese gran prodigio por medio del que diez son veinte y veinte son ciento, ¿podrá consentir que los números por una criminal ignorancia insistan todavía en sostener que tres y dos son cinco?

Cuando todo crece, se aumenta y se desarrolla con fabulosa actividad, ¿le será lícito al número permanecer en tan vergonzoso estan-

camiento? ¿No nos será permitido elevar la cantidad *mujer* á la cantidad hombre?

El poder de la asociacion, que empieza á ser más fuerte que el poder de la sociedad, ¿no ha de tener virtud ninguna para conseguir que tres y dos sean seis?

Francamente; ¿permanecerá la cantidad sujeta, encadenada al poder invencible, á la terquedad insoportable del número estricto de las unidades?

Civilizacion moderna, que todo lo puedes; progreso rápido, que te pierdes de vista, ¿consentirás que diez sean diez eternamente, y que tres y dos sean eternamente cinco?

Es necesario, indispensable, urgente, que la mujer se convierta en hombre.

Tal es la cuestion.

Hay entendimientos cobardes que no se atreven á penetrar en el fondo de las cuestiones; que, por ejemplo, no atreviéndose á enviar á sus hijas á las Universidades ni á sus mujeres á la Academia, solicitan no sabemos de quién, piden no sabemos cómo, la *instruccion* de la mujer, invocando nada ménos que el sagrado derecho que esas hermosas criaturas tienen á saberlo todo.

Mas entendimientos tan pusilánimes se detienen aterrados ante la vulgaridad de las más risibles reflexiones.

Ellos dirán: ¿Dónde está el hombre bastante enamorado de la sabiduría y de la ciencia, que se decida á casarse con un estudiante?

¿Dónde está el hombre tan cruelmente enfermo, que se decida al fin á casarse con un médico?

¿Será posible que haya en el mundo un criminal tan desalmado que se determine á tomar por esposa á un escribano?

¿Hay algun cesante tan desprovisto de esperanzas, que no vacile ante la idea de hacer madre de sus hijos al diputado más influyente ó al ministro más poderoso?

Pero así sólo discurren los padres, los hijos, los hermanos, los maridos; y preciso es decirlo: la civilizacion que nos empuja no tiene nada que ver ni con los maridos, ni con los hijos, ni con los padres, ni con los hermanos.

¡Seria curioso que la especie humana detuviera su marcha majestuosa ante el ridículo estorbo de la familia!

Si por casualidad la mujer no pudiera aspirar á la posesion de todos los conocimientos

humanos por derecho propio, deberia imponérsele por obligacion.

Hasta ahora no ha sido más que un gasto; es preciso, pues, que empiece á ser una ganancia.

Ese bello conjunto cuyo inventario es: cabellos de oro ó de seda, labios de coral, manos de marfil, dientes de perlas, mejillas de nácar, es una riqueza que nosotros tenemos todavía estancada, y ya es preciso que pensemos sériamente en ponerla en circulacion.

Desamorticémosla.

# EL MATRIMONIO CIVIL.

## I.

Pero ántes que en Zurich, en Lóndres y en New-Yorck se hubiese pensado formalmente en dar á la mujer *los derechos del hombre*, ántes de arrancársela á la naturaleza, al hogar doméstico y á la familia, plantándola libremente en medio del arroyo de todas las libertades; ántes, en fin, de que Mr. Reynauld pensara en hacer de la mujer un objeto eternamente bello, era preciso, para que el trabajo no fuera inútil, fundirla en el crisol de su nuevo sér; preparacion indispensable para que desde el mismo umbral de su casa pueda lanzarse sin escrúpulo á los risueños espacios de la sociedad que ha de recibirla.

Porque, justo es reconocerlo; una mujer sometida á la autoridad de sus padres, ó sumisa al cariño paternal de su marido, ó sujeta á la sagrada obligacion que la imponen los hijos por el doble vínculo de la naturaleza y de la religion, no es, ciertamente, la mujer á propósito para desempeñar en el mundo las libres funciones á que la destina la sociedad presente.

Sobre el derecho natural y sobre el derecho divino, está, decididamente, el derecho moderno.

No es muy difícil sublevar á las hijas contra la vigilante autoridad de los padres, y es posible desatar á las madres de la cadena que las sujeta al incesante cuidado de los hijos: hay hijas rebeldes, hay madres desnaturalizadas; pero es imposible sustraer á la mujer del dominio que sobre ella ejerce la influencia del hombre.

Ante semejante obstáculo, la regeneracion de la mujer tropezaba en una dificultad insuperable: habia demostrado la experiencia que la hija abandona á sus padres por un hombre, y que un hombre puede hacer que la madre olvide á sus hijos; mas ¿cómo conseguir que el corazon de la mujer se sobreponga á su im-

pulso más poderoso? ¿Cómo extirpar en ella la preocupacion inextinguible de santificar el amor de su alma? ¿Cómo impedir la pretension de hacerlo eterno, envolviéndolo en la red inquebrantable de lazos indisolubles? ¿Cómo, en fin, negar á la union de dos tiernos afectos, la necesidad de la sancion divina?

¿Cómo?

Los filósofos de la *Razon soberana* y los moralistas de la *Moral uuiversal* de todos los tiempos, han hecho siempre esfuerzos supremos por infundir en las ideas é inocular en las costumbres aquel espíritu, digámolo así, material con que el paganismo divinizó todas las sensualidades; mas no era fácil volvernos al respeto de aquellos dioses sin pudor y sin conciencia, á la adoracion de aquellas divinidades sin virtudes; era preciso que el mismo culto levantara otros dioses, y la diosa Razon obtuvo un altar: adorándola el hombre se adoró á s í mismo; adorándose á sí mismo se tributó e l culto de todos los placeres; y la moral, impotente para sujetar los pensamientos y encadenar las acciones de los hombres, se redujo á reglas de mera conveniencia, uniéndose al desenfreno de las costumbres como se une la

palabra al pensamiento, el número á la cantidad, la sombra al cuerpo.

Pero, ya se vé, esta revolucion necesitaba completarse; habia gentes que se veian detenidas por la tirantez de su propia conciencia, y el concubinato, por ejemplo, se ocultaba avergonzado de su propia deshonra: era preciso legitimarlo; las mujeres permanecian obstinadas en creer que no eran esposas legítimas si no hacian delante de Dios el voto solemne de cariño perpétuo, y la santa promesa de una fidelidad honrosa.

Semejante conspiracion, urdida en el seno de las familias honradas, detenia en España la marcha majestuosa del progreso.

Era, pues, urgente disipar tan tenaz preocupacion; era preciso desvanecer los vanos terrores de la conciencia; era necesario hacer lícito lo que habia sido siempre deshonroso; hacer respetable lo que siempre habia sido despreciado, y detrás de los filósofos y de los moralistas, vinieron los legisladores.

Á éstos, sin duda, les tocaba el papel de terceros en la obra de tejer voluntades por detrás de la Iglesia, y las mujeres honradas y las mujeres libres se encontraron manos á boca den-

tro de una legalidad comun, dentro de la ley del matrimonio civil.

## II.

Yo soy un hombre razonable; comprendo perfectamente que reglamentado el provechoso comercio de los garitos y ordenada la honesta industria de las mujeres públicas, no hay razon para tener fuera de la ley á los que deseando vivir en estrecha y voluptuosa comunicacion se unen libremente, sin pasar por la humillante ceremonia de los votos solemnes y de las santas promesas.

Reconocido el derecho imprescriptible del tahur y el *habeas corpus* de la ramera, la equidad reclama la inmediata proteccion de las leyes en favor del concubinato.

Pero bien: por lo mismo que soy razonable, necesito buscar la razon de las cosas. Concedo á todas las religiones la misma dósis de verdad, y por lo tanto, me siento muy capaz de vivir sin ninguna.

Perfectamente; mas hé aquí que en cierta ocasion me ocurrió la idea de casarme, y me

casé como Dios manda; una vez casado, tuve una hija; esta hija se ha hecho mujer, tiene novio y, lo que es natural, va á casarse.

¿Ante quién la caso? ¿Ante Dios ó ante el alcalde? ¿Pongo su amor y su virtud al amparo del Sacramento, ó la entrego á la accion civil de un simple contrato?

Veamos:

El matrimonio, dice la ley, es indisoluble por su naturaleza; pero ¿cuál es la naturaleza del matrimonio? ¿Es puramente humana?... Entónces el matrimonio es disoluble por su naturaleza. ¿Es divina?... Entónces el contrato celebrado ante el alcalde no es matrimonio.

Si no hay en el matrimonio civil más virtud que la que resulta del mútuo acuerdo de dos voluntades, la virtud que une desaparece en el momento en que ambas voluntades se convengan en separarse. Roto el contrato, cada una de las partes es libre para celebrar contratos nuevos; y razonablemente mi hija, sin llegar á ser viuda, puede llegar á tener hijos de diversos padres.

Esta es la prostitucion legal.

Mas no es eso; el compromiso hay que contraerlo por toda la vida. ¿Á quién hago yo esta

promesa? Á una mujer que á la vez me promete lo mismo. Yo tengo su palabra y ella tiene la mia, y de este modo nos encadenamos mútuamente; nada nos sujeta el uno al otro más que nuestras recíprocas palabras; pero hé aquí que un dia nos las devolvemos con la misma formalidad con que nos las dimos. ¿Qué razon hay para que desde ese momento no quedemos uno y otro tan libres como lo éramos ántes de celebrarse el contrato?

Pero ya se vé; este contrato se sale de la regla de todos los contratos, porque es preciso hacerlo absurdo para que no aparezca inmoral.

No hay ningun contrato humano que sea indisoluble por su naturaleza, excepto el matrimonio civil, que lo hace indisoluble la ley, que para esté caso se apropia una facultad que no tiene.

Yo soy razonable; me suelo reir de las leyes divinas; pero me someto á las leyes humanas, y me decido á casar á mi hija civilmente. Mas me pregunto:

—¿Quién ha hecho esta ley?

Y me contesto:

—¡Oh! Quien puede hacerlo todo: un gobierno y un parlamento.

Y vuelvo á preguntarme:

—Pero detrás de un gobierno y de un parlamento, ¿no hay otro parlamento y otro gobierno?

Y vuelvo á contestarme:

—Ese es el órden constitucional.

—Lo que hace la omnipotencia de un parlamento, ¿no puede deshacerlo otro parlamento omnipotente?

—Ese es el juego parlamentario.

—Pues bien; si el progreso no ha dicho todavía su última palabra; si es un paso en el camino de la civilzacion el matrimonio civil, ¿no debemos esperar la promulgacion inmediata de otra ley más perfecta, que declare la disolubilidad de ese matrimonio?

—Eso es lo lógico.

—Y entónces ¿qué habré yo hecho de mi hija?

Siendo una ley puramente humana la que por mayoría de votos decreta la indisolubilidad del matrimonio, ¿quién asegura que otra ley hecha del mismo modo no lo declare disoluble?

Yo soy razonable; no concedo gran importancia á las ceremonias religiosas; pero la ley civil no puede dar al matrimonio una perpetuidad de que ella misma carece: una ley mu-

dable y fugitiva no puede imponer obligaciones eternas: casar, pues, á mi hija ante el alcalde, es prostituirla ante la razon.

Así discurren las últimas precauciones hasta en los *espíritus fuertes*, cuando los *espíritus fuertes* caen en la debilidad de ser padres.

Mas el progreso reclama la completa emancipacion de la mujer, y no hemos de pararnos ante un capricho de los padres.

Sea el amor libre, como es libre el pensamiento; no ha de tener el vicio ménos derechos que el error; saquemos á la mujer de la servidumbre de sus más bellos sentimientos; para impedir que se prostituya legalicemos su prostitucion, y teniendo derecho para ser de todos, evitaremos que su corazon caiga en la esclavitud de pertenecer á un hombre solo.

## III.

Francamente: contratar delante del alcalde las mútuas aficiones ó los mútuos afectos; reducir el acto más solemne de la vida á la simple formalidad de un convenio; fundar la familia como se funda una sociedad de crédito;

abrir la casa como una empresa abre un teatro, es, cuando ménos, declarar que la bella mitad del género humano no tiene ya nada de qué avergonzarse.

El pudor era otra tiranía.

La mujer, presa en las redes de la honestidad, siente allá, en el fondo de su alma, un secreto impulso que la hostiga; una dulce necesidad de amar y ser amada.

Un dia se encuentra con que la imágen de un hombre se le ha grabado en el corazon, y el orgullo de su ternura le hace creer que solamente Dios puede ser testigo eficaz de la fe de su cariño.

Esta mujer se casa.

Hay otra que, rompiendo todas las ligaduras del decoro, experimenta la inquietud de tumultuosos apetitos, y lanzándose á la mudable seduccion de los deseos, hace al mundo testigo de sus ominosos placeres.

Esta mujer se vende.

Entre una y otra no habia término medio, como no le hay entre la virtud y el vicio; mas era preciso establecerlo para que la armonía social se verificara en todas sus partes, y el poder legislativo crea la mujer intermedia en-

tre esas dos mujeres, sér original que se casa segun la ley y se prostituye segun la razon; que adquiere una actitud estrictamente legal, que es al mismo tiempo claramente inmoral; que no es ni esposa ni manceba; que á la vez se despoja de la honestidad de la virtud y de la vergüenza del vicio.

Esta mujer no quiere vivir sola, y busca la compañía de un hombre; la encuentra, y hace al alcalde testigo de su union, y la autoridad municipal la da permiso para tener hijos.

Esta mujer se alquila.

Para la mujer que se casa, el marido es su guia, su proteccion, su amparo, la inteligencia que dirige, la fuerza que contiene.

Para la mujer que se vende, los hombres no son más que parroquianos.

Para la mujer que se alquila, el hombre es pura y simplemente un inquilino.

En el primer caso, el hombre y la mujer se unen.

En el segundo caso, se tropiezan.

En el tercer caso, se juntan.

Puesto el escalón del contrato entre las alturas del Sacramento matrimonial y las profundidades de la prostitucion, la mujer puede des-

cender más cómodamente de la elevacion de un amor santo al abismo del vicio libre.

Si conseguimos que prescinda de Dios para casarse, muy poco trabajo debe costarle despues prescindir del alcalde para perderse.

Y á la mujer perdida es precisamente á la que buscamos como el tipo completo y perfecto de la mujer verdaderamente emancipada; sin vínculos con la naturaleza, sin las ligaduras de la religion, sin los duros grillos de la moral, sin el freno del pudor, sin la cadena de la familia, emancipada del hombre, emancipada del amor que es su vida, hasta emancipada de sí misma.

La Vénus moderna elevada sobre el altar de su hermosura, recibiendo el culto del deleite y negociando ante el alcalde el tesoro de sus encantos.

Diosa que se vende para ser adorada; mujer que se alquila para ser madre.

# MANOS VIVAS Y MANOS MUERTAS.

---

Hay en la ciudad de Lorca, á la orilla del camino, medio oculto entre los árboles de la huerta, blanqueando á corta distancia de la ciudad, un edicio de forma sencilla y humilde.

Este edificio, visto desde el espacioso átrio que se tiende delante de la fachada principal, aparece dividido en tres partes; á la derecha se levanta la iglesia, cuyas torres empinándose en el aire como si quisieran desprenderse de la tierra, parece que dicen: aquí está Dios.

A la izquierda, asomando por los bordes de su humilde cerca, las ramas de algunos árboles solitarios descubren el huerto.

Entre el huerto y la iglesia está la casa, como

colocada entre la naturaleza y la religion, entre el trabajo y la fe, entre la tierra y el cielo.

Sus dos pisos, señalados por el doble órden de sus ventanas cuadradas, dicen claramente: aquí vive el hombre.

Esta iglesia, esta casa y este huerto, forman un conjunto estrechamente unido, como si hubieran hecho el juramento solemne de no separarse nunca.

El edificio, colocado cerca del camino como el que espera, próximo á la ciudad como el que llega, reclinado, por decirlo así, á la sombra de la huerta como el que medita, se llama San Diego.

San Diego fué un convento.

Si la ciencia moderna me lo permite; si la santidad de los principios económicos que nos han levantado á la altura de esta prosperidad que nos ahoga no se ofende; si la civilizacion, en fin, de nuestro siglo no se escandaliza, añadiré que San Diego fué un convento y que ha vuelto á serlo.

Esto debe parecer absurdo, porque está contra los principios de la ciencia, porque es en la marcha del progreso un paso atrás, porque es destruir lo hecho.

San Diego es un edificio que representa un capital, y que por consiguiente está condenado por todos los adelantos de la civilizacion moderna á una perpétua explotacion.

La codicia, esa gran virtud del siglo XIX, ha podido hacer de San Diego una mina.

La iglesia ha podido convertirse, por ejemplo, en una fábrica de ladrillos, en una almazara ó en un lagar; la casa en una granja, y el huerto en una especie de paraíso.

San Diego era evidentemente un negocio para cualquier particular. ¿Qué duda tiene?

San Diego, pasando de manos muertas á manos vivas, habria sufrido una magnífica trasformacion: donde habia un convento habria una quinta; donde habia una pobre comunidad habria un hombre rico; donde estaba la fe entraria la codicia; donde estaba la caridad entraria el cálculo; donde estaba Dios entraria el negocio.

¡Qué bello espectáculo! Lo que era de todos seria hoy de uno sólo: esas puertas, constantemente abiertas á toda desgracia y á toda miseria, sólo se abririan ahora á la ganancia.

Esa tierra, regada con el sudor de un prudente trabajo, daba entónces lo necesario; pero

¡ah! esa misma tierra, regada hoy con el sudor contínuo de un trabajo mortal, no daria nunca lo bastante.

El contraste que resultaria es digno de notarse.

Yo me imagino al pobre apoyado contra un pilar del cláustro, á la sombra de la bóveda. Está allí como en su casa; no hay perro que le ladre ni criado que lo eche; si pide agua le dan agua, si pide pan le dan pan. Parece un individuo de la familia; es un hijo de la casa.

Ve discurrir por el cláustro la figura de un monje, y dice: «¡Ah! es el *Padre* Juan.» Oye la voz de otro, y exclama: «Ese es el *Hermano* Antonio.»

¡Qué palabras! *¡Padre, Hermano!* ¡Oh vulgaridad, oh mal gusto!

En cambio llegaria hoy el pobre á la puerta del convento, trasformado en soberbia quinta. Llegaria he dicho, y ahora preguntó: ¿podria llegar?

Pero supongamos que llegara; ¿se atreveria á entrar? ¿Acaso la casa es suya? ¿Quién le conoce en ella?

¿Qué busca allí? ¿Agua? Aquella casa no es

una fuente pública. ¿Pan? ¿Acaso aquella hermosa quinta es un hospicio?

Sed y hambre: ¿quién tiene derecho á turbar la felicidad de la fortuna llevando hasta las puertas de la prosperidad y de la codicia esas dos miserias humanas?

¿Qué busca, pues? Busca ocupacion, pide trabajo. Eso ya es otra cosa, porque pedir trabajo es casi darlo.

Que vuelva otro dia, dice una voz más ó ménos áspera. ¿De quién es esta voz?

El pobre que espera á la puerta de la quinta va á decirlo:

«Es, dice, *el amo.*»

Ya no están allí *los padres* ni viven allí *los hermanos:* el convento se ha convertido en quinta, la quinta tiene su dueño, y su dueño es *el amo.*

¿Cómo San Diego, con su modesta iglesia, con su humilde casa, con su pobre huerto, ha podido burlar la ley de este supremo adelanto?

¿Por qué es todavía de los pobres?

¿Por qué ha vuelto á pertenecer á esas *manos muertas* que no descansan, que enjugan tantas lágrimas, que curan tantas enfermedades, que ayudan á morir á tanto moribundo?

¿Cómo la caridad ha podido robar á la codicia esa casa, ese huerto y esa iglesia?

Hé aquí un misterio que se nos presenta bajo este nombre venerable: Las Hermanas de los Pobres.

¿Con qué título de propiedad han tomado estas hermanas posesion de esa casa?

¿En qué subasta pública se han presentado á pujar? ¿Quién les ha adjudicado esa finca? ¿Dónde está el expediente de esa enajenacion?

Ellas son pobres, su capital es la caridad, se les ha cedido el convento como una limosna; cederles el huerto hubiera sido demasiado despilfarro, y el huerto se vende y se compra, y el que lo compra se lo cede.

El convento vuelve á ser convento.

La comunidad es esta: ocho hermanas y cuarenta pobres.

Cuarenta pobres imposibilitados de todo trabajo; cuarenta pobres que han dejado de serlo por esta magnífica herencia: por la inagotable caridad de ocho mujeres, de ocho monjas, de ocho hermanas de un pueblo.

Creo que hace un año ó poco más que se ha establecido allí esta piadosa asociacion que ha conquistado la veneracion de las gentes.

Estas mujeres se llaman hermanas, y en realidad son madres; porque todas las madres no hacen por sus hijos lo que estas hermanas hacen por los pobres.

Hay ricos muy pobres: la mayor parte de los ricos. No tienen ni la mitad de lo que necesitan.

Observad de cerca al más millonario, y vereis que le falta mucho más de lo que tiene.

El gran secreto del progreso moderno consiste en que todos tengan ménos de lo que les hace falta.

O de otro modo: en que todo el mundo necesite más de lo que tiene.

Pues bien, en San Diego he encontrado yo el mismo problema, invertido el órden de sus términos.

Allí he visto yo con agradable admiracion el progreso vuelto del revés.

Allí he visto cuarenta pobres que son á la vez cuarenta ricos.

Son pobres porque nada tienen.

Son ricos porque nada les falta.

Reduciendo á un cálculo positivo todas las consideraciones expuestas, tenemos que he-

mos ganado cuarenta pobres y hemos perdido un rico.

El convento ha vuelto á ser convento.

No hay allí *padres*, ni *hermanos*, pero hay *hermanas;* es la misma familia... ¡Ah... si hubiera un *amo!*

¿Y esto se llama todavía caridad?... ¡Qué vergüenza!... Caridad la que sigue.

# LA CARIDAD MODERNA.

---

Vamos á celebrar un suceso verdaderamente digno de conmemoracion y de alabanza, uno de esos hechos en que se confunden en elocuente armonía la miseria y el lujo, la alegría y la tristeza, las lágrimas y las sonrisas, los placeres y las penas, la noche y el dia.

Es preciso que la naturaleza sea testigo de esta confusion humana; pero no ha de ser la naturaleza brutal, ignorante, desordenada, digámoslo así, empírica, sino la naturaleza ilustrada, corregida, clasificada, científica.

Se trata de un baile, que es el bello desórden de la sociedad, en el Jardin Botánico, que es el órden de la naturaleza.

El jardin se convierte en un salon; aquellos árboles severos é insensibles van á presenciar las tiernas locuras de los más tiernos sentimientos; el fausto y la alegría van á reunirse allí, á celebrar las angustias del hambre y la estrechez de la miseria.

Es una fiesta en nombre de los pobres, un placer en nombre del dolor, una felicidad en nombre de la desgracia.

Semejante prodigio lo debemos á la profunda caridad que se anida en el fondo insondable de unos cuantos corazones sensibles.

El interés que en las almas compasivas inspiran la desgracia, el desamparo y la miseria, no ha tenido nunca manifestaciones más espléndidas.

A la tristeza, la compasion ó la pena que despierta en el alma el espectáculo de las desdichas ajenas, no se habian concedido más que dos maneras de manifestarse: por medio de las lágrimas, ó por medio de las limosnas.

La caridad no habia encontrado más que dos maneras de ejercerse.

No sabia más que llorar con el afligido ó partir el pan con el desamparado.

Esto es: consolaba ó socorria.

Ó lo que es lo mismo: unas veces daba, y tomaba otras veces.

Daba la limosna de su bolsillo, el pan de su mesa, y tomaba del infeliz á quien socorria la parte de pena necesaria para dejarle consolado.

Pero este era un procedimiento demasiado vulgar, una compasion poco distinguida, un modo de hacer bien ramplon, sin buen gusto, sin elegancia, sin fausto; una caridad, en fin, demasiado pobre, sin brillantez, sin celebridad, sin gloria.

Una caridad que se ocultaba, que se escondia como si se avergonzara de sus obras, no era digna de este siglo de la publicidad.

Una caridad sin joyas, sin coches, sin encajes, es ciertamente una caridad demasiado infeliz.

La tristeza, la compasion y la pena que despierta en el alma el espectáculo de las ajenas desdichas, prorumpe hoy en magníficos bailes, estalla en soberbias fiestas y se deshace en alegría, en placer, en vanidad, en lujo.

Tristeza que se perfuma, compasion que baila, pena que se divierte.

¡Ah! ¿Por qué la caridad ha de tener las lá-

grimas en los ojos, la tristeza en el semblante y la pena en el alma?

¿Por qué la caridad ha de ser modesta?

Ó mejor dicho:

¿Por qué la modestia ha de ser una virtud?

¿Por qué no hemos de levantar la tierna bondad de nuestros corazones sobre el brillo de nuestros placeres?

Hablemos con franqueza:

—¿Qué es caridad?

—La caridad es la primera de las virtudes.

—Pues bien: ¿por qué bailar no ha de ser una obra de misericordia? ¿por qué la virtud no ha de ser una fiesta? ¿por qué el placer no ha de ser compasion? ¡Ah!... ¡seríamos todos tan virtuosos!

Es verdad: convertid en virtudes todos los vicios, y la naturaleza humana habrá llegado á la plenitud de su perfeccion.

Declaremos que todo es bueno, y el hombre más perverso se verá en la imposibilidad de ser malo.

Hermoso espectáculo debió ofrecer el Jardin Botánico á las miradas de los curiosos.

Cuatrocientas personas, todas escogidas, se

reunieron allí á dar al mundo público testimonio de la sensibilidad de sus corazones.

Habian acudido allí presurosas á la cita de un baile.

¡Qué esmero en la caprichosa variedad de los adornos!

¡Qué gusto en la riqueza de los vestidos!

¡Qué gracia en el encanto de aquellas sonrisas!

¡Qué fuego en los relámpagos de aquellas miradas!

El *buffet*, espléndido.

La orquesta, incomparable.

¡Qué wals aquel! ¡qué polkas aquellas! ¡qué animacion, qué alegría, qué lujo, qué magnificencia!

Es decir:

¡¡¡Qué solicitud por los pobres!!!

Las palabras no tienen bastante valor para que podamos rendir con ellas el tributo de alabanza que el prodigio de esta caridad merece.

Es preciso apelar á los números, que son más elocuentes.

Hagamos un cálculo.

Cuatrocientas personas acudieron presuro-

sas á la cita que en el Jardin Botánico les daba la caridad.

Cada una de ellas echó, bajo la forma de dos duros, un óbolo misericordioso en el platillo de la miseria.

Los pobres recogieron la suma, siempre respetable, de diez y seis mil reales.

Dueños de esta suma, duro sobre duro, pudieron muy bien considerarse casi ricos.

Ellos exclamarian: ¡diez y seis mil reales! Somos felices.

En medio de esta alegría, llaman á la puerta, y la puerta se abre y entra el fondista.

El fondista trae una cuenta, y esta cuenta dice:

«*Buffet*..... ocho mil reales.»

Hay que pagarlos, y los diez y seis mil reales se quedan reducidos á la mitad de un solo golpe.

¡Golpe tremendo!

La caridad danzante abre el apetito, y cuatrocientas personas que pasan la tarde bailando á beneficio de los pobres, por pura caridad, necesitan tener á la mano una mesa espléndida que dé vigor á sus miembros, des-

fallecidos por el peso enorme de tan grande obra de misericordia.

Un *buffet* espléndido era indispensable.

Los pobres pagan el *buffet* devorado por los ricos, y vuelven á llamar á la puerta; la puerta se abre, y entra por ella otra cuenta, en la que, poco más ó ménos, puede leerse lo siguiente:

«Alquiler de las sillas..... mil reales.»

Los pobres, en la imposibilidad de hacer otra cosa, pagan y suspiran, porque el pobre es el único que no puede deber.

Si pudieran deber, probablemente serian ricos.

Y además, ¿cómo habian de negarse á pagar una deuda tan justa?

Cuatrocientas personas atareadas en socorrer la miseria de los pobres, ¿no habian de tener una silla donde sentarse?

Las sillas no podian suprimirse.

Un nuevo golpe dado en la puerta, anuncia á los siete mil reales que quedan que álguien quiere entrar.

No hay manera de negarse, porque la pobreza no se puede ocultar.

La puerta se abre por tercera vez.

Es una cuenta alegre, es la cuenta de los músicos, que dice, duro más ó ménos:

«Orquesta..... dos mil reales.»

Un baile sin música es imposible.

Los músicos son absolutamente indispensables á los danzantes.

No hay más remedio que pagar.

De los diez y seis quedan cinco; pero vuelven á llamar á la puerta.

—¿Quién es?

—La cuenta del alquiler de la magnífica tienda de campaña que ha servido de salon en el suntuoso baile dado en el Jardin Botánico á beneficio de los pobres.

—¿Y qué quiere?

—Puesta y quitada, podrá subir á unos..... dos mil reales.

Una tienda era allí de absoluta necesidad, porque allí habia de comprarse el dulce placer de hacer bien.

¡Quedan tres mil reales!..... Pero la campanilla de la puerta parece incansable, y vuelve á sonar.

Es otra cuenta: la cuenta de los gastos menudos, que á lo sumo puede ascender á mil reales.

Pero llaman de nuevo á la puerta.

Jamás se ha visto la casa de la miseria más frecuentada.

Es otra cuenta.

Era preciso que los pobres tuvieran allí cierto número de criados para servir á los ricos; alguna vez han de echar los pobres la casa por la ventana.

¿Qué queda?

. . . . . .

Se reunen cuatrocientas personas, y se dan á sí mismas un baile espléndido á beneficio de los pobres.

¿Se les puede pedir más?

Y en el fondo de todo esto, ¿qué hay? Justo es decirlo: un bello sentimiento.

La caridad tiene que llamar á las puertas del corazon moderno con el aldabon de un magnífico baile, de un baile en el cual no falte requisito ni atractivo.

Los pobres no pierden nada, y al fin ganan algo; pero la caridad, ¡ah! la caridad se convierte en placer.

Mas doblemos la hoja, porque detrás de esta caridad espléndida hay una ciencia luminosa, y lo que no haga el placer lo hará la sabi-

duría. Dejemos reposar á tan bellos sentimientos del cansancio de tan ruidosa fiesta; calle el deleite enternecido, y hable la razon iluminada.

Oigamos.

# LA GRAN CIENCIA.

---

De seguro en la mayor parte de las provincias de España se encuentran á estas fechas afligidas las gentes, creyendo de buena fe que recorre los pueblos é invade los campos y penetra en las ciudades una miseria tenaz y espantosa.

Es posible que las cosechas se hayan perdido sin que haya manera de encontrarlas; que el comercio se halle parado como un reloj sin cuerda; que las industrias se encuentren detenidas como un lobo en una trampa, ó como un pájaro en un lazo.

Es posible que el hambre, estallando como una mina por innumerables bocas, haga reso-

nar por todas partes la misma detonacion: «pan, pan.»

Es posible que se decidan al fin por morirse todos aquellos á quienes les es imposible seguir viviendo.

Todo esto es posible; pero debe tranquilizarnos la idea consoladora de que no es probable.

No nos dejemos sorprender por la mala intencion de las apariencias, y en todo caso disputémosle á la realidad misma el derecho con que pretende tiranizarnos.

Discutamos.

No es cosa de que vayamos á consentir que el hambre venga á desmentir la evidencia de nuestras prosperidades, sin más título que el de llamarse hambre.

Ante todo, la razon.

No podemos permitir que la miseria invada nuestras comarcas y se apodere de nuestros pueblos, en el momento en que la gran ciencia del crédito asegura á las naciones todas las felicidades de un bienestar eterno.

Examinemos los poderes de esa miseria intempestiva, que levanta por todas partes millares de manos que piden pan.

Ante todo esa hambre es injusta, es traidora.

Ella penetra cautelosamente en el seno de una familia, y se apodera poco á poco de todos sus individuos, so pretexto de que aquellos infelices no tienen que comer.

Este es siempre su procedimiento, y un pretexto no es una razon, y en el pretexto está su grande injusticia.

¿A quién acomete? Siempre ha hecho lo mismo; acomete á los más pobres, á los más débiles.

¿Con qué razon puede tomarse la libertad de presentarse entre nosotros?

La riqueza dividida, ¿no se ha aumentado para propagarse por todos los términos de la especie humana?

Esos grandes tesoros arrancados de tantas manos muertas, ¿no han podido llegar todavía, ni en poco ni en mucho, á las manos de tantos vivos como recorren los pueblos, empeñados en hacernos creer que se mueren de hambre?

El crédito, multiplicando fabulosamente la fortuna pública por medio de una aritmética milagrosa, ¿puede consentir que el hambre, problema puramente económico, no tenga más solucion que el amor al prójimo?

Seria vergonzoso.

Descubrir por medio de las sábias investigaciones de una ciencia, tesoros inagotables de riqueza, abundancia siempre creciente; estallar la miseria como estalla una conspiracion, y abandonar el conflicto á las decisiones de la caridad, seria confesar con grave menoscabo de la razon soberana, que la virtud sabe más que la ciencia.

¿Habíamos de convenir en semejante absurdo?

Entendámoslo bien.

En la ciencia todo es razon, en la caridad todo es fe; sin razon no hay ciencia, sin fe no hay caridad.

Es verdad que no hay un pobre en estos momentos, y los hay á millares, que pretenda averiguar quién es, adónde vive el más sabio de los economistas, á la vez que todos ellos tienden las manos preguntando dónde hay un corazon compasivo.

Ellos no preguntan quién tiene ciencia.

Sólo desean saber quién tiene caridad.

Esto es demasiado cierto; pero es el caso, que los pobres no pueden ser jueces, precisamente porque son parte.

Además, ¿quién puede abrigar la ridícula pretension de meterle en la cabeza á un pobre que se muere de hambre, la seguridad de que hay una ciencia humana que tiene por objeto acabar con los pobres?

El hambre es por lo comun demasiado tes-taruda para dejarse convencer; y aunque vea que para acabar con los pobres no hay medio más seguro que dejarlos morirse de hambre, no creerá jamás en semejante ciencia.

Dará más fe á cualquier pedazo de pan que le pongan en la mano, que á todos los economistas que pudieran ponérsele delante.

No pudiendo ser jueces, parece que hay bastante razon para recusarlos asimismo como testigos.

Ellos, sobornados por la ignorancia y oprimidos por la necesidad, declararian contra la ciencia.

Una cosa es tener hambre, y otra cosa es tener razon.

Por una parte tenémos á la economía política, que anda por el mundo derramando sobre las naciones los beneficios de una prosperidad que parece interminable.

Por otra parte tenemos á la miseria, que anda

empujando ya hácia una parte, ya hácia otra, masas de pobres, que parecen tambien interminables.

Comparemos.

Principio fundamental de esta ciencia: el crédito.

Principio fundamental de esta miseria: el hambre.

Del crédito pueden darse muchas definiciones; pero no tiene más que una aplicacion, que es esta: tomar prestado.

Al hambre pueden atribuírsele muchas causas; pero ella no tiene más que una solucion, que es esta: pedir limosna.

La necesidad es el resorte comun, que pone en movimiento las manos del que toma prestado y las manos del que pide limosna; pero esa necesidad no es la misma.

En el primer caso esa necesidad puede llamarse lujo, puede llamarse vicio, puede llamarse negocio.

En el segundo caso esa necesidad no tiene más que un nombre; se llama hambre.

El que da prestado obedece á esa ley ciega y poderosa, sancionada por la ciencia, que se llama interés.

El que da limosna obedece á esa otra ley que la fe ilumina, y que se llama caridad.

¡Qué diferencia!

Tomar prestado y pedir limosna son dos cosas que se rechazan; por consiguiente, donde está la economía no puede haber miseria, donde está el interés no puede haber hambre; en una palabra, donde está la ciencia sobra la caridad.

Ante los ojos positivos de la Economía triunfante, la limosna es un dinero que se pierde, y el préstamo un capital que se dobla.

El interés del dinero crece y se desarrolla con ímpetu poderoso: un duro vale ya dos duros; luego el dinero se multiplica.

Y cuando el dinero crece de tal manera, ¿es posible que la riqueza mengüe de ese modo? Habiendo tantos ricos, ¿es creible que haya tantos pobres?

Y por otra parte, mirando las cosas desde aquí, desde este centro luminoso que se llama Madrid, es imposible incurrir en error semejante.

¡Pobreza! Y aquí se paga la vida á peso de oro.

¡Hambre! Y Madrid está lleno de fondas.

¡Miseria! Y el lujo nos ahoga.

Ante la razon y ante los hechos, semejante especie es de todo punto absurda.

¡Qué habríamos hecho con tanto ruido de ciencia, con tantos tesoros de conocimientos, con tan abundante mina de datos y de estadísticas, con tanta riqueza de doctrina económica, si so pretexto de que no ha llovido, ó de que ha llovido mucho, con excusa de una guerra, con el motivo aparente de que la industria se para y el comercio se estanca, de que los talleres se cierran y los obreros no trabajan, de que la Bolsa baja y el pan sube, admitimos que la miseria se esparce por dilatadas comarcas, y los pueblos se ven inundados por los pobres....!

No; la miseria es científicamente imposible; el pobre no existe; la sociedad lo rechaza, nuestra prosperidad lo condena, nuestra opulencia lo niega.

# MÁS CIENCIA NUEVA.

---

Aunque nadie la haya visto en la *Guia de forasteros*, puedo asegurar á ustedes que la miseria es *general*, y que se ha *pronunciado* bajo el triple aspecto del que pide limosna, del que pide trabajo y del que toma lo ajeno.

No sé si hay alguna provincia en España donde hoy no se la vea mandar y dirigir ejércitos más ó ménos numerosos de pobres.

El lujo es el alma del mundo moderno, es la necesidad de nuestro siglo; pero el siglo se ve repentinamente acometido por la necesidad opuesta: delante del lujo particular se levanta la miseria pública; ante la necesidad del despilfarro se levanta la necesidad de las economías.

Hacer economías es deshacer lujos; pero esto no quita que el lujo sea un elemento de la economía.

Nuestros padres, por ejemplo, eran económicos; pero ¡ah! nosotros somos economistas.

Hay un género de economías que pertenece á las mujeres, que tienen la pretension de saber gobernar su casa; economía empírica, relegada al oscuro manejo del gobierno doméstico, que consiste en reducirse á vivir con lo que se tiene, ó en no gastar más de lo que se gana.

Pero aquí hablamos de la economía elevada á ciencia, que consiste en gastar más de lo que se tiene, en consumir más de lo que se gana.

Esto es ciencia y esto es economía.

¿Es posible?

Entendámonos.

Hay cosas que pueden suceder, aunque no hayan sucedido nunca.

Lo posible viene á ser como un saco roto, dentro del que todo cabe, y un saco róto es la mayor capacidad que se conoce.

Lo posible tiene sus límites más allá de lo probable, más allá de lo verosímil, más allá de lo creible.

Hay hechos que sólo se prueban por sí mismos, es decir, que son, porque son; hay otros que los estamos viendo y nos parecen mentira, y hay, en fin, algunos que los tenemos delante y no los creemos.

Es un hecho, por ejemplo, que Napoleon perdió la batalla de Waterlóo.

Pues bien; yo pregunto:

¿Por qué el Gran Capitan del siglo perdió la gran batalla del siglo?

Podeis reiros de los charlatanes, porque eso nadie lo sabe.

Todo lo que la razon puede contestar formalmente hablando es esto: «La perdió, porque la perdió.»

El mismo Napoleon no acertó á explicarse aquello de otro modo.

El suceso se urdió admirablemente, con el mayor sigilo, en la máquina misteriosa de un telar invisible.

Todo estaba previsto por el grande hombre.

Todo estaba calculado, todo menos una cosa: la derrota.

Napoleon habia citado allí á la victoria, y si podemos decirlo así, la victoria le habia dado su palabra de honor de acudir á la cita; pero

la victoria faltó á su palabra, y en su lugar acudió la derrota.

Aquello fué, porque fué.

Nadie duda que Napoleon perdió la batalla de Waterlóo.

¿Por qué?

Por una razon terminante y única: ¡porque la perdió!

Hace siete años se levantó el mundo entero proclamando la unidad de Italia.

Cayó un trono, y luégo otro, y luégo otro, ó mejor dicho, cayó un pueblo, y otro pueblo, y otro pueblo.

La poderosa Austria tuvo que retirar sus enormes ejércitos, dejando en poder del Piamonte todo un reino.

Parecia que Italia no iba á tener bastante con Italia.

Antes de dar el último golpe en la obra de la unidad, faltaba borrar la figura geométrica del cuadrilátero; pero el cuadrilátero se reia muy formalmente, por la formidable razon de que era inexpugnable.

Pero hé aquí que el cuadrilátero, cansado de ser invencible, dobla de repente la rodilla y se entrega á sus enemigos, y Austria se retira,

dejando en poder del Piamonte las fortalezas que eran como las puertas de su casa.

Quedaba para la consumacion de la unidad de Italia lo último y lo más necesario, y lo último y lo más necesario era lo más indefenso, lo más débil, lo más fácil.

Aquello era como llegar y besarla durmiendo, era tender la mano y coger, era coser y cantar.

A la unidad de Italia sólo le faltaba Roma.

Roma indefensa.

Roma es necesaria á la unidad de Italia como la cabeza es necesaria al cuerpo.

La unidad sin Roma es una unidad decapitada.

Roma, sin embargo, permanece en medio de Italia, sitiada por la unidad de Italia, cada vez más indefensa y cada vez mas invencible.

¿No es este un hecho que parece mentira? (1).

En los misterios insondables de esa ciencia llamada economía moderna, encontramos el

---

(1) Esto se escribia en 1867.—En Setiembre de 1870, aprovechando la tremenda lucha entre Francia y Prusia, Víctor Manuel, haciendo pérfidas salvedades, acaba de apoderarse de Roma por una violencia inaudita.

ejemplo de un hecho que todos vemos y nadie cree.

Y para que la maravilla sea más completa y nuestro asombro más justo, debemos decir que este hecho *increible* se verifica en virtud de una fuerza que se llama *crédito*.

El que más debe es el que más tiene.

Hé aquí un hecho evidente que nadie cree.

Es el *ménos* convertido en *más*.

El que suma lo suyo puede sumar algo; pero el que suma lo ajeno puede muy bien sumarlo todo.

Este es el hecho.

Cualquiera ante la evidencia de este hecho, de tan diferentes maneras realizado, preguntará:

—Dígame usted: ¿por ventura lo ajeno es mio?

Y será preciso contestarle resueltamente:

—No.

Y replicará:

—Pues entónces, ¿cómo puede ser lo mio lo que es de otro?

Y le diremos:

—De ninguna manera.

Y volverá á preguntar:

—Entónces, ¿qué es esto?

Y habrá que volverle á contestar:

—Un hecho.

—¿Un hecho qué?

—Un hecho increible.

Sin salir de nosotros, podemos plantear la cuestion por su doble aspecto.

Yo pregunto:

—¿No somos hoy más ricos que hemos sido nunca?

Y me contestarán:

—Sí.

Otra pregunta:

—¿No debemos hoy más que hemos debido nunca?

Otra respuesta:

—Sí.

Tercera pregunta:

—¿Creeis que es más rico el que más debe?

Tercera respuesta:

—No.

Delante de cualquier prestidigitador se os puede ofrecer el mismo caso. Veis las maravillas que hace con sus manos, no podeis negar el testimonio de vuestros sentidos, pero no lo creeis.

Es, pues, posible.

*Yo tengo.* Hé ahí el pequeño bolsillo donde encerraban nuestros padres toda su fortuna.

*Yo debo.* Hé ahí la mina inagotable de donde sacamos nosotros toda nuestra riqueza.

Vivir con lo propio, es una vulgaridad que ha detenido en los individuos, en las familias y en los pueblos, el desarrollo de la riqueza pública.

Vivir con lo ajeno, es el principio luminoso que lleva de casa en casa, de pueblo en pueblo, de nacion en nacion, la cultura de la riqueza universal.

Vivir con el trabajo de ayer, es no acertar á salir del dia, es para el hombre como ir detrás de sí propio; pero vivir con el trabajo de mañana, es adelantarse á su tiempo, ó ir delante de sí mismo.

La economía tenia ántes por base el ahorro; ahora tiene por fundamento el lujo.

Antes no pasaba de ser una virtud, una pobre virtud; ahora es una ciencia, toda una ciencia.

Tener lo que se puede, es ciertamente tener algo; pero tener lo que se quiere, es más, es mucho más; es tenerlo todo.

El trabajo era el principio de aquella economía.

El lujo es el elemento de ésta.

Y convengamos en que el lujo es más cómodo que el trabajo.

Trabajar para vivir, no es lo mismo que vivir para gozar.

La miseria es general. Y bien; ¿qué tenemos con eso? ¿Acaso el lujo no es tan general como la miseria?

Medid bien la profundidad de estas dos medidas.

Pobreza: medida — vacía por supuesto — de lo que el hombre necesita para vivir.

Lujo: medida — nunca llena — de todo lo que el hombre necesita para gozar.

El lujo no es más que la superficie; la miseria es el fondo.

Lujo es una palabra cuyo sentido es miseria.

# EL LUJO DE LAS MUJERES.

---

Se ha levantado en el corazon mismo de la Francia un grito terrible contra el lujo de las mujeres, que ha sido inmediatamente acogido por todos los hombres.

La voz de Mr. Dupin, más aguda que profunda, ha ido á clavarse como la punta de una aguja en la piel delicada y sensible de todos los bolsillos.

Este suceso tiene dos aspectos.

Mr. Dupin, alzándose valerosamente contra el lujo, llega á tomar á nuestros ojos las proporciones de un grande hombre; pero el mismo Mr. Dupin, acometiendo con impetuoso denuedo el lujo de las mujeres, no pasa á los

ojos de cualquiera de ser más que un pobre hombre.

En el primer caso, parece que lanzándose en medio del camino por donde se precipita la corriente del siglo, intenta detenerla.

Esto es sublime, es heróico; supone un valor extraordinario y una fuerza invencible.

En el segundo caso, Mr. Dupin me hace el efecto de un hombre que queriendo apagar una luz, sopla en el reflejo que la misma luz produce.

Y de cualquier modo que esto sea, yo pregunto:

¿La cuestion es de sentimiento ó de cálculo?

¿Se habla en nombre de la virtud ó de la economía?

¿Se pretende que las mujeres sean honestas, ó sólo se aspira á que sean baratas?

¿Con qué debemos discurrir en el caso presente; con el corazon que siente, con la cabeza que reflexiona, ó con el bolsillo que calcula?

¡El lujo de las mujeres! horrible abominacion. Todos los hombres debemos reunirnos y armarnos para caer juntos sobre... ¿sobre quién? ¿Sobre el enemigo de nuestro reposo,

sobre el enemigo de nuestra honra, ó sobre el enemigo de nuestro dinero?

Arrojémonos con violento empuje sobre ese ejército que nos saquea; lancémonos todos contra esas nubes de langostas que devoran nuestras cosechas; rasguemos los encajes, despedacemos las blondas; abajo los diamantes, fuera el terciopelo, muera la seda.

Hé aquí la gran hazaña que tenemos delante.

¿La hemos pensado bien? Veamos.

¿Contra quién nos dirigimos? Contra las mujeres. ¿Qué han hecho las mujeres para ser repentinamente blanco de nuestra indignacion y objeto de nuestras iras? Gastar mucho, gastar más de lo que tiene el padre, gastar más de lo que tiene el hermano, gastar más de lo que tiene el marido, gastar más de lo que tienen todos esos hombres que andan siempre alrededor de las mujeres que gastan mucho.

¿Y en qué gastan tanto las mujeres?

En blondas, en encajes, en diamantes, en seda, en terciopelo, en alfombras y en perfumes, en coches y en caballos.

¿Y cómo se llama esto?

Se llama lujo.

Pero bien; ¿qué cosa es el lujo?

Siempre ha sido la señal evidente de la decadencia de las naciones, el síntoma grave de la corrupcion de los pueblos, y el anuncio de su ruina: así lo dicen la fastuosa Babilonia, la sensual Grecia, la soberbia Roma.

Pero eso era ántes, cuando el hombre, envuelto en las tinieblas de la ignorancia, andaba á ciegas por el camino del progreso.

Aquella pobre gente no sabia ser grande, ser rica, ser poderosa, y caia oprimida por el mismo peso que intentaba levantar sobre sus hombros.

Hoy el lujo es todo lo contrario; es eso que llamamos desarrollo de los intereses materiales, es eso que se llama economía por burla y ciencia por sarcasmo, es eso que con altanera satisfaccion llamamos prosperidad pública.

Pensadlo bien; el lujo es el fomento de esa gran industria que vosotros llamais civilizadora; es la vida del comercio, el alma de la Bolsa.

Es el gran resorte que nos empuja por el camino del progreso moderno, es esa necesidad activa que á todos nos mueve.

Observad atentamente la direccion de todos nuestros adelantos, y vereis cómo todos van á parar á un mismo punto: al lujo.

No nos precipitemos; el asunto es más serio de lo que á primera vista parece: pensadlo bien, no vayamos á clavar la espada de nuestra ira en las entrañas mismas de nuestra civilizacion magnífica.

No os dejeis arrastrar impremeditadamente por la voz de Mr. Dupin; ese hombre intenta sublevarnos contra nuestro siglo; es preciso que lo sepais; la reaccion es la que habla por su boca.

¡El lujo de las mujeres! Esa no es más que una manera capciosa de presentaros la cuestion, porque las mujeres no han venido á ser más que el lujo de los hombres.

Los entendimientos vulgares, que todavía discurren por el añejo sistema de tres y dos son cinco, nos dirán: «Suprimid el lujo, porque el lujo nos arruina.»

No hay inconveniente en admitir semejante supuesto, porque tenemos á la mano una réplica victoriosa.

Nosotros les diremos:

«Si es cierto que el lujo nos arruina, es evi-

dente que si suprimimos el lujo nos arruinamos.»

Si se espantaran de esa afirmacion terrible, añadid:

«Hemos quemado las naves para no retroceder. ¿Dónde están ya las virtudes con que pudiéramos sustituir al lujo?

Ellos no pueden presentarlas, y no tendrán más remedio que convencerse.

Y aplicando la filosofía de todos los tiempos á la historia presente, vuelvo á preguntar:

¿Qué es el lujo?

El lujo es la religion de la materia, el culto de los placeres, la moral del deleite. ¿Y hemos de destruir de un solo golpe la religion, el culto y la moral de nuestro siglo?

¿Qué se pretende?... ¿que las mujeres renuncien á la parte que legítimamente les corresponde en el goce universal de la propiedad pública?... ¿Habremos de despojarlas de su derecho porque son débiles?... ¿Quereis que valgan más y que cuesten ménos?

Si las mujeres que vosotros habeis hecho á vuestra imágen y semejanza se despojaran del valor de las blondas, de los diamantes, de los perfumes y de la seda, ¿qué valdrian ante la

culta sensualidad de vuestros sentidos?... ¿Por qué no han de gastar las mujeres lo que no tienen, cuando las naciones y los gobiernos gastan lo que no tendrán nunca?

Si son como vosotros las habeis hecho, ¿por qué género de lógica pretendeis que sean de distinta manera? Si os imitan, ¿por qué las acusais?

Si es el lujo de las mujeres el brillante espejo en que nuestro siglo se ha detenido á mirarse la cara... ¿qué pretendeis?... ¿romper el espejo?

Pobres mujeres, que ostentais diamantes, que os cubrís de encajes, pisais terciopelo y arrastrais sedas, ¿á dónde nos llevais?—La escasez de vuestras virtudes no nos inquieta, pero el exceso de vuestro lujo nos espanta.

Vosotras en cambio sois la justicia, porque sois como ellos os merecen; y sois al mismo tiempo la bondad, porque sois como ellos os quieren.

¿No os han despojado de vuestra modestia? pues devorad vosotras hasta el último céntimo. ¿Os han perdido? pues arruinadlos.

¡Os han iluminado con todas las luces del

siglo, y pretenden ahora que renuncieis á la satisfaccion de brillar!

Alzad la voz y decidles que se han abierto vuestros ojos, que se han disipado ante vuestras miradas las tinieblas de todas las preocupaciones, que veis claro, que ya, en fin, no servís para monjas.

Pedid lujo, y que ellos pidan limosna.

Si la virtud os condena, la civilizacion os absuelve.

# LA ESTRELLA MADRILEÑA.

Desde el principio del mundo creo yo que ha de haber sido cuestion difícil de resolver una que hoy se nos ofrece con interés más vivo.

Yo pregunto: ¿Es una felicidad para un padre, para un marido, para un hermano ó para un hijo tener una hermana, una esposa, una hija ó una madre más ó ménos jóven, más ó ménos hermosa, más ó ménos buena, pero de cualquier modo notable, ó por su lujo, ó por sus caprichos, ó por su nacimiento, y áun me atrevo á decir, por su talento, y áun por sus virtudes?

Cualquiera que sea el padre de esa hija, e marido de esa esposa, el hermano de esa her-

mana, el hijo de esa madre, ¿podrá ver con gusto que su hija, su esposa, su hermana ó su madre pertenezcan en cuerpo y alma al primer folletinista que quiera sacarlas al mercado de la publicidad, vestidas de un modo ó desnudas de otro, como son ó como no son, con pretexto ó á título de mujeres ilustres?

Esta es la cuestion.

Si la viva necesidad que todos experimentamos de tener coche, nos hace ver con satisfaccion á nuestras madres, ó á nuestras mujeres, ó á nuestras hermanas, ó á nuestras hijas puestas en berlina, declaremos desde luego que tener por mujer, por madre, por hermana ó por hija á cualquiera de esas mujeres, es una felicidad.

Pero si hay algo en el talento y en las virtudes que la modestia reserva; si hay algo en el lujo y en los caprichos que el pudor rechaza; si hay, en fin, algo en la persona ó en sus pensamientos, en sus palabras y en su vida, que el derecho de la propiedad impida sacar á pública subasta, para entretenimiento de las gentes, digamos que tener por mujer, por madre, por hermana ó por hija á cualquiera de esas mujeres, es una triste cosa.

Yo comprendo muy bien todos los derechos de la publicidad; yo sé que para una pluma de acero ó de ganso, puesta en la mano de un hombre sin conciencia ó de un hombre sin entendimiento, esto es, de un malvado ó de un tonto, no hay ya nada respetable.

Esto todos lo sabemos.

Pero yo pregunto:

¿Es lícito, con pretexto de un vestido, de un encaje ó de un brillante, con motivo de unos ojos azules, ó de unos ojos negros, ó de una tez blanca ó morena, ó de una frase más ó ménos aguda, ó de un orígen más ó ménos alto; es lícito, pregunto, á título de publicidad, sacar á una porcion de mujeres de la honestidad de la vida privada, permítaseme la frase, al escándalo de la vida pública?

Buscando ejemplos auténticos que atestigüen la oportunidad de las preguntas que acabo de hacer, abro un periódico y leo:

«Sabemos que con el título de *Estrella Madrileña* se ha formado una empresa que tiene por objeto dar brillantísimos bailes de máscaras.»

Al llegar aquí creerán ustedes que sólo se trata de una empresa que busca la ganancia de

su dinero, aplicándolo al negocio de los bailes de máscara.

Pensarán que sólo se trata de una especulacion propia del movimiento de nuestros tiempos, y se quemarán las cejas buscándole una importancia que no tiene.

Pero deben saber que en este caso no se trata de convertir el lodo en oro, fundiendo en el horno candente de un baile de máscaras todo lo que tiene de frágil barro la especie humana.

No se trata de vender públicamente por más ó ménos precio la libertad del vicio, elevándola á la luminosa potencia de un salon destinado á dar bailes de máscaras.

No se trata de hacer objeto de la especulacion de una empresa esa primera materia que la libertad de las costumbres arroja diariamente al mercado público.

El negocio esta vez, considerando que se trafica demasiado con las flaquezas, las debilidades y las miserias de la multitud, ha pensado sériamente por lo visto en que la honestidad y el decoro pueden ser tambien motivo de utilidad y de ganancia.

Su pensamiento, segun el mismo periódico, es este :

«Cosa sabida es que, por causas que ahora no son del caso, la concurrencia que por lo general asiste hoy á los bailes de máscaras, no suele ser (salvas raras excepciones) de lo más escogido, sobre todo en lo que se refiere al bello sexo; pues bien, el objeto de *La Estrella Madrileña* es celebrar algunos bailes, á los cuales puedan asistir sin inconveniente algunas honradas hijas de familia, y presentarse sin desdoro cualquiera persona distinguida.»

Esto es, *La Estrella Madrileña* se propone realizar un capital imposible; quiere convertir el vicio en virtud, el escándalo en pudor, la desvergüenza en honestidad.

La magnitud de este pensamiento es tal, que apenas puede caber en una cabeza humana, y por eso ha tenido que surgir del fondo profundo de la cabeza, por lo comun múltiple, de una empresa.

De los bailes de máscaras huyen las personas honradas, y este conjunto de gente que huye de los bailes de máscaras, roba, permítaseme la palabra, al negocio una cantidad mayor ó menor, que caeria perfectamente en los bolsillos de las empresas.

El dinero de las mujeres honradas tambien es dinero.

El caso es este.

En vista de que á las tabernas no concurren más que gentes de malas costumbres, ha nacido el pensamiento de establecer una, donde pueda ir á embriagarse sin desdoro cualquiera persona distinguida.

Al periódico que anuncia este proyecto, le parece la idea muy oportuna, y promete que celebrará el éxito si corresponde á tan buenos deseos.

Desde luego podemos anunciar que el éxito es seguro.

Las razones se caen de su peso.

En primer lugar, se trata de un baile público, y claro está que por su dinero podrá asistir á él todo el mundo, si se exceptúan los presos que se hallan en el Saladero, y las mujeres que se encuentran detenidas en la Cárcel-Modelo.

No hay duda, pues, de que pueden asistir á esos bailes honradas hijas de familia, y presentarse en ellos cualquiera persona distinguida.

En segundo lugar, se trata de un baile de

máscaras, en cuya virtud — que no todo ha de ser vicio en esos bailes — la persona que asista tiene el derecho de entrar con la cara tapada.

¿Cuál es el inconveniente que tienen las mujeres honradas para ir á los bailes de máscaras?

Uno sólo; el de ser honradas.

Ahora bien; ¿cómo se conoce á una mujer honrada despues que ha tomado la precaucion de ponerse una careta?

De ningun modo.

Por consiguiente, pueden ir á los bailes de máscara de *La Estrella Madrileña*, lo mismo que á los de *Capellanes*, honradas hijas de familia, con la seguridad completa de que nadie llegue á conocerlas.

En tercer lugar, se trata de una empresa.

Toda empresa, moralmente considerada, es una cantidad mayor ó menor de dinero que tiende á multiplicarse.

Pues esta empresa busca que la concurrencia á sus bailes sea numerosa y al mismo tiempo escogida.

Nada más justo; quiere resolver la cuadratura del círculo.

Quiere, pues, que vaya todo el mundo.

Ahora bien; ¿á qué duro que llame á la puerta de esos salones no se le recibirá con las manos abiertas?

¿Quién no tiene un duro suyo?

Irá, pues, todo el mundo.

A donde va todo el mundo, ¿no podrá ir una mujer honrada?

¿Estará la honradez de las mujeres condenada á reclusion perpétua?

¿Acaso la honradez es una ignominia, que no puede decir en todas partes, aquí estoy yo?

¿Por qué una mujer honrada no ha de poder ser tambien una mujer libre?

¿Será la casa la cárcel de las mujeres honradas, mientras el resto del mundo es de las mujeres libres?

En cuarto lugar, se trata de resolver una cuestion de moral profunda.

Los bailes de máscaras están moralmente desacreditados; y este elemento de civilizacion se pierde sin remedio, si las mujeres honradas no acuden á dar allí á las mujeres libres lecciones de decoro y de virtud.

Por otra parte, ¿dejarán que la empresa se

arruine? ¿No han puesto los empresarios su dinero? ¿Por qué no han de poner las mujeres su honradez?

Pueden ir sin inconveniente.

Ante todo, porqué una empresa lo dice.

¿Qué ha de querer una empresa más que ganar?

Y si es cierto que para que la empresa gane es necesario que las mujeres honradas que vayan, pierdan, porque las otras que irán, de seguro no tienen nada que perder; tambien es cosa averiguada y de todo el mundo conocida, que la honradez no es dinero.

Y por otra parte, ¿qué más garantías quieren?

Los salones estarán soberbiamente iluminados, para que todo se vea perfectamente, y podais olvidar ante los esplendores de tanta luz la honesta oscuridad de vuestra vida.

El lujo se tenderá delante de vuestros ojos para que no veais la enojosa pobreza de vuestro recato.

La música llenará vuestros oidos de ardientes melodías para que no escucheis la voz enfadosa de vuestro decoro.

Y el baile, danzando delante de vosotras como un torbellino, os absorberá de tal ma-

nera, que conseguireis al fin olvidaros de vosotras mismas.

Además, ¿qué miedo puede tener vuestra honestidad? ¿Qué escrúpulo vuestra inocencia?

Pues qué, ¿no tiene la empresa el permiso competente de la autoridad?

¿Qué más garantías necesita vuestro pudor?

¿No estará oportunamente vigilado el escándalo, para que no lo turbe ningun género de desórden?

Si teneis una honradez tan dura de casco y un pudor tan terco, que todavía se os resiste, partamos la diferencia, transijamos, y la dificultad quedará vencida.

La transaccion es esta:

Yo os concedo que no podeis ir á los bailes de *Capellanes*, y concededme vosotras que podeis ir á los bailes de *La Estrella Madrileña*.

¿Creeis que son una misma cosa?

Pues bien, transijamos tambien en este punto.

Son una misma cosa, pero á la vez son todo lo contrario.

Son dos bailes de máscaras enemigos, dos negocios opuestos, dos empresas rivales.

Son el anverso y el reverso de una misma medalla.

Convenid, pues, en que concurrir á unos ó á otros es cosa distinta, y yo convendré en que es la misma cosa.

¿Qué más necesitais saber?

# EUROPA, ÁFRICA Y AMÉRICA.

---

Me atrevo á asegurar que hay la misma distancia de Lóndres á la Argelia, que de la Argelia á los Estados-Unidos; ó de otra manera, que de la Argelia á New-York y á Lóndres no hay más que un paso.

¿De dónde he sacado yo este disparate geográfico?

Veamos.

Se me ha ocurrido ante la historia auténtica de unos cuantos hechos confirmados por el testimonio de todos los periódicos que llegan de París, de Lóndres, de New-York.

Hablan los periódicos franceses, y vienen á decirnos poco más ó ménos lo que sigue:

« ¡Qué horror! el hambre hace terribles es-

tragos en las desoladas comarcas de la Argelia; para dar á los niños que caen desfallecidos en los campos, en los caminos y en las calles algun auxilio, hay que encerrarlos, porque de otro modo los hombres y las mujeres, sus propios padres, sus propias madres y sus mismos hermanos, les arrebatarian el puñado de habas secas que se les da una vez al dia para todo alimento. »

Y añaden todos:

«El hambre, obrando sobre ese pueblo inculto y salvaje, parece que se empeña en romper los vínculos más poderosos de la naturaleza: la ferocidad ha llegado á los últimos límites. »

Este es el cuadro: hé aquí el hecho.

Dos mujeres hambrientas, devoradas por la fiebre que esa terrible necesidad enciende, se encuentran frente á frente; cada una de ellas tiene en sus brazos á un niño, porque las dos son madres.

Se encuentran y se miran, y poseidas de la misma locura, dominadas por el mismo delirio, conciben á la vez un mismo pensamiento.

La una, adelantándose de repente, dice: «Comámonos á tu hijo. »

La otra retrocede de un salto, y grita: «No, al tuyo.»

Y ambas se quedan inmóviles con la mirada fija una en otra, como dos panteras ántes de acometerse.

La primera se resuelve al fin y propone un nuevo recurso, diciendo: «Comámonos á los dos;» y la segunda acepta.

Pero la dificultad vencida surgió de nuevo: ¿qué niño debia ser el primero? Ninguna de las dos madres queria que fuera el suyo.

Entónces echaron suertes, y la suerte designó la primera víctima, y la primera víctima fué devorada.

Se trataba de sacrificar la segunda víctima; pero sin duda alguna la naturaleza indignada hizo un esfuerzo supremo, porque la madre del niño que áun vivia, cogió á su hijo, lo cubrió con su cuerpo, y con mirada frenética y ademan terrible, rugió desesperada: «Mi hijo no muere;» y salvó á su hijo.

Tal es el hecho más bárbaro que ha producido en las salvajes comarcas de la Argelia la ferocidad del hambre, en los tiempos presentes.

Para mitigar el horror que semejante escena

nos inspira, debemos volver los ojos hácia ese punto luminoso que brilla detrás de los mares con todos los rayos del nuevo sol que conocemos con el nombre de civilizacion moderna.

Dejemos la barbarie de Africa y tomemos la cultura de América; de la Argelia conquistada pasemos á los Estados-Unidos conquistadores: el moro es estúpido, el yankee es ilustrado.

Aquí todo es miseria, allí todo es oro; la diferencia es inmensa, es la que existe entre el hambre y la sed.

*El Cronista* de Nueva-York, para que comprendamos todo el valor del hecho que va á referirnos, nos explica la costumbre en que, digámoslo así, se funda el suceso cuyo relato vamos á escuchar.

Hace ya algun tiempo que hay allí la costumbre—así la llama *El Cronista de New-York* — de asegurar las casas por un valor triple del verdadero, incendiándolas despues, con cuyo sistema se han enriquecido muchos.

Admirable sistema de alumbrado, digno sin duda alguna del siglo de las luces, y cuyas chispas es muy posible que hayan puesto muchas veces en movimiento las bombas de Madrid.

Por lo que principalmente se conoce la índole moral de un pueblo es por sus costumbres, y como hemos visto, asegurar las casas por un valor tres veces mayor que su valor verdadero é incendiarlas despues, es en los Estados-Unidos una costumbre; esto es, la cosa más natural del mundo.

Pero no todos encuentran á mano una casa que asegurar, y en este caso deberian encontrarse José y Josefina Brown, tiernos esposos que, no teniendo una casa, tenian ¡oh consuelo! una ahijada.

El yankee posee la singularísima cualidad de ver dinero en el fondo de todas las cosas, y los esposos Brown vieron, con ávida perspicacia, una fortuna en el fondo misterioso de la vida de Angelina Stewart.

Y claro está, siendo un tesoro esta vida, trataron de asegurarla; y lo que es más natural todavía, trataron de asegurarla por una gran suma, porque aquella vida valia mucho para ellos, y la aseguraron por ochenta y cinco mil pesos.

Pero hé aquí lo que son las cosas: desde el momento en que Angelina Stewart se encontró

con la vida asegurada, ya no tuvo hora segura, y fué asesinada en Nueva Jersey.

Los esposos Brown hundieron el puñal en el corazon de Angelina Stewart, como se mete la mano en un bolsillo.

Para ellos la pobre niña era una gaveta dentro de la que habia ochenta y cinco mil duros, y el puñal era la única llave con que se podia abrir aquella gaveta.

Y claro está, la abrieron.

Tenian sed de oro, y bebieron la sangre de su ahijada.

¿Qué distancia hay entre las mujeres de la Argelia y los esposos Brown?

Ninguna.

Pero ¡ah! volvamos á Europa: delante de ella marcha la culta Inglaterra.

El inglés se destaca en medio del humo que ennegrece á Lóndres; blanco como la nieve y rubio como el oro.

Si en los Estados-Unidos se entienden los hombres por pesos, en Inglaterra se entienden por libras.

En España un *inglés* es una deuda, pero en Inglaterra un inglés es dinero.

No son allí los rios de leche, ni las casas de

azúcar, como en la antigua Jáuja; pero allí el tiempo es oro.

El sol, avergonzado por los esplendores de aquella grandeza, pasa sin dejarse ver, y la niebla rodea á la ciudad de Lóndres como una madre abraza á su hija.

Sobre aquel horizonte velado por la densa cortina de una niebla eterna aparece de vez en cuando un sol triste, sin rayos, un sol apagado que las gentes miran como los restos de una antigüedad.

Al viajero se lo enseñan como el recuerdo muerto de una grandeza pasada, como creo yo que se enseñarán á las caravanas abrasadas por el sol del desierto, las monstruosas pirámides de Egipto ó las solitarias ruinas de la soberbia Babilonia.

Esa gran ciudad donde el sol se ve como una curiosidad arqueológica, como un resto de la civilizacion moderna, como un objeto de museo, es la gran ciudad de Lóndres.

No tengo noticia de que haya sobre la haz de la tierra otra ciudad á la que el sol no alumbre.

Lóndres es la ciudad de las sombras.

Pues, sin embargo, de esa ciudad parten todos los rayos que iluminan al siglo.

Ella es el centro luminoso de la civilizacion moderna.

Inglaterra es un astro que brilla con luz propia: no le debe nada ni al sol ni al cielo.

Por eso, sin duda, es un pueblo tan humano.

Allí todo se hace y allí todo se vende.

Volvamos, pues, los ojos á ese centro de poder, de civilizacion y de grandeza; miré-mosle con la mirada más atónita de nuestra admiracion más profunda; doblemos la cabeza, deslumbrados por el esplendor de su civili-zacion inaudita, y recojamos con envidia de sus grandes periódicos estos datos monumen-tales.

María Maning, hé ahí una inglesa; es jóven, y debemos suponer que será rubia; además, es casada, lo cual deja entender que podia muy bien ser madre.

Todas estas circunstancias importan mucho.

María Maning tiene una vecina, y esta ve-cina tiene una hija de diez meses.

María Maning cree por lo visto que las ve-cinas no deben tener hijas, y coge á la niña y la quema viva.

Semejante ejemplo no podia quedar sin imi-tacion.

El amor propio tiene en las mujeres un poder irresistible; y en las inglesas ese resorte debe ser más poderoso todavía, porque allí todo se fabrica con más perfeccion.

Lo que hace una jóven casada, bien puede hacerlo una vieja viuda.

Detrás de una inglesa hay siempre otra.

Detrás de Maria Maning hay otra María Maning.

Si la primera es jóven, la segunda tiene setenta y tres años, y le lleva naturalmente la superioridad de la experiencia.

Si aquella quema viva á una niña de diez meses, ésta quita la vida á un niño de cuatro años en medio de horribles martirios.

Es la honrosa competencia de una noble emulacion.

Cualquier pueblo del mundo puede tener una María Maning, pero Lóndres tiene dos.

Y no se crea que la una ha nacido de la otra: entre ellas no hay más lazo comun que el de ser inglesas, y sin embargo, parecen hijas de una misma madre, pero no son más que hijas de una misma sociedad.

Pero allí todo es grande, y dos Marías Maning son poco para el orgullo inglés, humi-

llado sin duda en esta ocasion por los esposos Brown y por las madres de la Argelia.

Era preciso más; era preciso levantar la mano á una altura considerable y escribir con carbon de piedra: «Aquí llegó Inglaterra.»

Y allí lo que es preciso es, sea lo que quiera: é inmediatamente surgieron del fondo de aquella sociedad otras dos Marías Maning.

Otras dos piezas construidas en la misma fábrica.

La una asesina á un niño, la otra asesina á otro, y una de estas dos lo ejecuta abrasándolo.

Recopilemos:

En la Argelia una mujer se come á su hijo porque tiene hambre.

En Nueva-York los esposos Brown asesinan á su ahijada porque quieren dinero.

En Lóndres cuatro mujeres asesinan á cuatro niños, porque Inglaterra, que va á la cabeza de la civilizacion de Europa, no habia de ser ménos que la Argelia, que va á la cabeza de la civilizacion de África, ni ménos que los Estados-Unidos, que van á la cabeza de la civilizacion de América.

Aplicando esta historia á la geografía, se puede preguntar:

¿Qué distancia hay de la Argelia á los Estados-Unidos y á Inglaterra?

Y se puede contestar:

Ninguna.

El África empieza en New-York y acaba en Lóndres.

## LÓNDRES, PARÍS, MADRID.

---

No hay soledad semejante á esa soledad que el hombre encuentra en medio de las grandes multitudes, porque nunca está más solo que cuando los demás no le dejan estar consigo mismo.

Se encuentra á sí propio siempre que se busca, excepto cuando se pierde en el confuso laberinto de la muchedumbre, y por eso en el agitado tumulto de las grandes poblaciones es donde está ménos acompañado; es donde pierde hasta su propia compañía.

Se puede decir que vive separado de sí mismo.

Está en la multitud como está el céntimo en el duro, como está la gota de agua en el mar, como está la unidad en la suma.

Se separa y se aleja más de sí mismo, conforme se acerca y se une á los demás hombres.

La ternura de un cariño profundo interceptada, si me es permitido decirlo así, por las corrientes encontradas de la multitud, puede hacerle exclamar de esta manera con triste exactitud:

«Yo sé que vives aquí, en el fondo de mi corazon: los latidos que siento me dicen que tu imágen está llamando á las puertas de mi alma.

Lo sé; pero este oleaje de séres humanos que se agita detrás y delante de mí no me deja verte; este estrépito incesante que llena mis oidos no me deja oirte; este movimiento que me lleva y que me trae, que me empuja á la vez en todas direcciones y que á la vez me arrastra hácia todas partes, no me deja acercarme á tí.

Tú llamas á las puertas de mi pensamiento, y yo no estoy conmigo.

Búscame en tu corazon, porque en el mio no estoy yo.

Mi vida es tuya, y por eso puedo jurarte que esta no es mi vida.»

Sumergid en el fondo de un vaso lleno de

agua un grano de sal, y vereis cómo el agua va poco á poco devorándolo, y le vereis al fin aniquilarse y desvanecerse.

Allí está la sal; pero, ¿dónde está el grano?

De la misma manera se disipa el hombre sumergido en la multitud.

El hombre no es ese bolsillo insaciable que necesita extenderse por la muchedumbre para extraer de ella el oro con que ha de llenarse.

No es el sér perdido que va de deleite en deleite y de vicio en vicio buscándose á sí propio sin encontrarse en ninguna parte.

No es el mendigo, ciego por la soberbia, sordo por el orgullo, hinchado por la vanidad, que le pide al mundo fácil limosna de aplausos fugitivos, que parte el pan de su celebridad y de su gloria hoy con Blondin, mañana con Hermann, unas veces con el toro más formidable de la última corrida, otras veces con el caballo más ligero de la última carrera.

No es el que busca en las agitaciones de la vida comun la satisfaccion contínua de sus inconstantes deseos, como un testimonio de su propia vida.

No es, en fin, el que huyendo de sí mismo, como el reo huye del juez, corre á ocultarse en

el fondo de la multitud, para no sentir la severa mirada de su propia conciencia.

¡Las grandes poblaciones! Lóndres, París, Madrid... ¡cuántos corazones habeis robado á la virtud, cuántas inteligencias á la verdad, cuánta salud á la vida, cuánta felicidad al hombre!

Aquí la especie humana parece trasformada: el hombre es otro.

¿Sabeis lo que es una mujer sepultada en el alegre rincon de su honesta casa?

¿Sabeis lo que es una mujer en medio del mundo escondida detrás de sus encajes, detrás de su belleza, detrás de su fausto?

Pues son dos cosas tan opuestas entre sí como la luz y la oscuridad.

Estas dos mujeres, puestas la una enfrente de la otra, hablarian mucho tiempo sin entenderse.

Diria la primera: mi marido, mis hijos, mi madre, mi casa.

Diria la segunda: mi vestido, mi aderezo, mi coche, mis salones.

En medio del fausto del mundo dirá la primera: me canso.

Allí mismo dirá la segunda: gozo.

En el tranquilo seno de su familia dirá la primera: ¡qué felicidad!

En medio de sus salones solitarios dirá muchas veces la segunda: ¡qué fastidio!

La primera dice bajando los ojos, como si quisiera ocultarse: este es mi hijo, esta es mi madre.

La segunda, alzando la mirada como si quisiera descubrirse por entero, va diciendo por todas partes: esta soy yo.

La primera se busca y se ve en su propio corazon.

La segunda, como si tuviera miedo de encontrarse sola, no se atreve á verse sino delante del espejo.

La una puede poseer todos los encantos.

La otra posee por lo comun todas las virtudes.

Dice aquella: me veo, me admiro y me adoro.

Dice ésta: me siento, me conozco y me estimo.

La una lleva por todas partes la compañía tumultuosa del mundo.

La otra lleva siempre consigo la soledad de su propia compañía.

El mundo que rodea á la primera no la deja acordarse de sí misma.

La soledad que rodea á la segunda no la deja verse ni un momento.

Hé aquí cómo sucede esto:

A aquella no la deja pensar el mundo en que debe ser buena.

A ésta no la deja pensar la soledad en que puede ser hermosa.

La una tiene por casa el mundo.

Para la otra no hay más mundo que su casa.

Y esa mujer, que es toda vanidad, os robará siempre al afecto de esa otra mujer que es toda amor.

Toda multitud es un conjunto mayor ó menor de séres humanos que se agitan completamente solos.

Es más fácil engañar á una multitud que á un hombre.

El hombre se rie de todas esas aguas maravillosas que hacen crecer el pelo en las cabezas calvas, y sin embargo la multilud las compra, como si el hombre al formar parte de ese conjunto que llamamos multitud dejara de ser hombre; y es que la multitud le intercepta,

le separa de sí propio, le arrastra y se lo lleva.

Si no hubiera multitudes, no habria charlatanes.

En medio del torbellino de las multitudes, el hombre no está casi nunca en plena posesion de sí mismo.

Las multitudes cometen crímenes que cada uno de los hombres que las componen seria incapaz de cometer por sí sólo.

Se sabe á dónde puede llegar la perversidad ó la locura de un hombre, pero no es posible saber á dónde puede llegar la barbarie de una multitud.

Muchos hombres reunidos hacen cosas que separados no haria ninguno.

No hay forma de pedirle á una multitud cuenta de sus actos; parece que es por su naturaleza irresponsable.

Esto la define y la explica perfectamente: la multitud no sabe nunca lo que se hace.

Es el hombre separado de su conciencia, el hombre fuera de sí mismo.

El hombre no está en la multitud, ó mejor dicho, desaparece en ella, se disipa en ella, se pierde en ella.

Por eso digo que no hay soledad semejante á la que resulta de la compañía de la multitud; porque nunca está el hombre más solo que en medio del tumulto de los hombres.

Nunca es ménos hombre que en medio de la muchedumbre de los hombres.

# DON PLÁCIDO CASTRO VERDE.

---

Don Plácido Castro Verde es un español vecino de París, que indudablemente merece los honores de la celebridad, pues conociendo perfectamente á su siglo ha tenido el tino de poner el dedo en la llaga.

No se crea por esto que D. Plácido Castro Verde es un cirujano.

Si se examina bien el motivo que nos hace arrojar su nombre á la admiracion pública, se verá que este español ilustre ha dado á la propiedad un título de posesion bastante nuevo, y aunque no del todo original, más fehaciente sin duda que los diversos títulos con que cada uno posee lo suyo ó lo ajeno contra la voluntad del resto de los hombres en la presente evolucion del género humano.

Digo del resto de los hombres, porque seria algo difícil encontrar uno que no desee lo que tiene otro, por la razon suprema de que lo que se necesita es precisamente lo que no se tiene.

No se crea por esto que D. Plácido Castro Verde es un jurisconsulto.

Hundiendo un poco más la consideracion en el descubrimiento que eleva á este español vecino de París á la categoría de los hombres célebres, nos encontramos con que, por una de esas soberanas adivinaciones á que el hombre llega sin saber cómo y sin saber por dónde, ha puesto un dique poderoso al torrente invasor de las ideas que en estos momentos enriquecen la ciencia con el caudal de nuevas especulaciones, al mismo tiempo que empobrecen el mundo.

Digo que empobrecen el mundo, porque parece cosa averiguada por la historia, que todo lo sabe, y por la razon, que en todo se mete, que la última miseria á que puede llegar el hombre es á la adoracion necesaria del becerro de oro.

No se crea por eso que D. Plácido Castro Verde es un gran economista.

Si metemos la mano de nuestro entendimiento hasta la última profundidad del saco en que se oculta el secreto misterioso de la in-

vencion, que hará del nombre de este vecino de París, español por más señas, un objeto de admiracion presente, de gloria futura y de gratitud eterna, tropezaremos con que ha resuelto en su orígen, cortándola de raíz, la cuestion en que se han encerrado todas las cuestiones que traen agitado al mundo.

Digo la cuestion en que están encerradas todas, porque no hay ninguna que pueda hallarse fuera de estos cuatro términos: «Tú ó yo: lo tuyo ó lo mio.»

No se vaya á creer por eso que D. Plácido Castro Verde es un hombre político.

Todavía hay más.

Pensando que el invento, que debe dar á este sér internacional, pues es español por una parte y francés por otra, un sitio preferente en la galería de los hombres célebres, determina con ciega precision los límites de lo que á cada uno corresponde, parece como que el descubrimiento ha recibido la luz de la vida empujado por un principio retrógrado de la sabiduría antigua, que impone á cada hombre el difícil deber de vivir contento con lo que tenga.

Visto así el caso, el invento podria tomarse por un tratado de profunda filosofía.

Y digo profunda, porque esa filosofía parece enterrada bajo siete estados de tierra como opuesta al impetuoso movimiento del gran progreso humano.

Pero esto no debe inducir á nadie á creer que D. Plácido Castro Verde es un filósofo.

¿Qué es, pues, D. Plácido Castro Verde?

Un hombre que no es cirujano cuando hay que componer tantas cabezas destornilladas, tantos piés de que se cojea, tanta mano rota, cuando el cuerpo social, en fin, no tiene hueso sano, ¿qué puede ser?

Un hombre que no es jurisconsulto, cuando todo derecho está en duda, cuando la vida es un pleito, cuando la ley del embudo, perpétuamente en ejercicio, pone á todo hombre en la necesidad de saber científicamente de qué lado ha de cogerla, cuando abierto á todas horas el tribunal de la opinion pública ofrece toda clase de fallos á toda clase causas, cuando el *pro* vale tanto como el *contra*, cuando lo negro puede ser blanco, cuando lo que hoy es *sí* mañana es *nó*, cuando, en fin, la razon se inventa y la justicia se toma, ¿qué podrá ser ese hombre?

Sigamos adelante.

Un hombre que no es economista, cuando la ciencia llenando de luz la oscuridad de los bolsillos vacíos ha establecido el medio seguro de que nadie salga del deber abriendo por medio del crédito la facilidad de no pagar nunca, ¿qué especie de hombre puede ser ese?

Un hombre que no es político, cuando toda urbanidad está perdida, cuando el ser hombre particular es tener su vida y su hacienda á merced de los hombres públicos, cuando es preciso hacerse partido para convertirse en entero, esto es, cuando es indispensable ser parte para poder serlo todo, ¿qué hombre será este?

Continuemos averiguando.

Un hombre que no es filósofo siquiera, que siendo francés por una parte y español por otra, verdadero *galimatías* de lengua, de costumbres, de interés, de carácter y de naturaleza, no ha penetrado los secretos de la *filosofía*, es un hombre que lo mismo en París que en Madrid, lo mismo en España que en Francia, anda á oscuras.

No ser filósofo, esto es, no embriagarse unas veces con el *yo* y otras veces con el *noyó;* no saber que el hombre se ha sorprendido á sí

mismo, siendo dios, para convertirse por la fuerza de su voluntad suprema en la hechura de todos los vicios y de todos los errores.

No ser filósofo es casi no ser hombre, es ignorarse á sí mismo.

¿Qué hombre es este que no es ni cirujano, ni jurisconsulto, ni economista, ni político, ni siquiera filósofo?

Don Plácido Castro Verde, ¿es pura y simplemente un hombre?

¿Qué es?

Mirado al través de su invento, D. Plácido Castro Verde es un mecánico.

Un espíritu positivo que ha encontrado la manera de resolver un gran problema científico por medio de una máquina.

Un hombre que considerando la vida como una série de hechos y la sociedad como un conjunto de aparatos, ha comprendido perfectamente que la gran ciencia de estos dias, la que guarda la solucion de todos los problemas, es la mecánica.

Él ha visto que el vapor, semejante á una abreviatura, ha suprimido las distancias convirtiendo al mundo en un barrio y al género humano en una sociedad de vecinos.

Él ha visto al vivo resplandor del rayo eléctrico que el tiempo es inútil.

Siguiendo este órden de observaciones, ha debido caer en la cuenta de que la mecánica guardaba el secreto de la perfeccion del género humano.

Una vez en la pista del descubrimiento, pronto debió sorprenderlo; y una vez sorprendido, pudo muy bien comprender que habia llegado el momento de que quedaran suprimidas, como el tiempo y como el espacio, toda ley y toda moral.

Don Plácido Castro Verde vió claro, y aplicando su secreto á la necesidad más fundamental, concibió la idea de un aparato eléctrico que por medio de una *campanilla de seguridad* hace imposible el robo.

Vean ustedes por qué género de ley, por qué especie de moral, por qué clase de civilizacion y de adelanto hemos llegado á la extincion de los ladrones.

Véase cómo una corriente eléctrica, constante y hábilmente establecida, semejante á un principio de justicia, pone en movimiento una campanilla de seguridad con quien está de acuerdo, y haciéndola sonar como la voz de un

juez, como el grito de la propia conciencia, detiene al ladron en el momento de poner la mano en lo ajeno, y le dice: «eso no es tuyo.»

El sistema moral que ese aparato encierra no es nuevo, pero es la perfeccion del género.

Desde la primera llave con que se cerró la primera puerta hasta la institucion de la Guardia civil, el sistema ha pasado por una série de adelantos que prueban que han seguido tambien el gran camino del progreso los hombres que viven entregados al estudio experimental de apropiarse lo ajeno.

Mas el aparato de D. Plácido Castro Verde es un gran paso.

Por él puede medirse la altura á que han llegado los conocimientos humanos.

Debe considerarse como esas señales puestas en las márgenes de los rios para indicar á los viajeros la altura á que llegan las inundaciones.

Esa máquina es un rótulo que debe leerse de esta manera:

«Aquí nos llega el agua.»

# LA MORAL Y EL DERECHO.

---

Como un precioso trabajo, y con la calificacion de obra científica, anuncian los periódicos la aparicion de un libro que lleva por título el siguiente absurdo:

«El derecho de la guerra conforme á la moral.»

Al anunciar este libro, nos lo recomiendan especialmente como muy útil para las clases ilustradas y para las clases ignorantes; pero yo tengo la desgracia de creer que será inútil para las unas y para las otras.

Su autor, segun nos dicen, quiere poner al alcance de todas las inteligencias las eternas verdades de la justicia, y despertar en todos los

corazones los sentimientos más humanitarios.

Confesemos que el propósito es laudable; pero advirtamos de paso que se reirán de él á discrecion todos los ejércitos victoriosos que paseen por el mundo la fuerza de sus armas.

Poner al alcance de todas las inteligencias las eternas verdades de la justicia, no es ciertamente una empresa nueva; pero no es por eso ménos digna de alabanza.

Querer despertar en todos los corazones los sentimientos más humanitarios, no es tampoco un empeño ni más moderno ni ménos apreciable; pero intentar una y otra cosa á propósito de la guerra, esto es, en nombre de la guerra misma, me parece poco más ó ménos un sublime desatino.

El derecho de la guerra, ó lo que es lo mismo, el derecho del más fuerte, porque es cosa de todo punto averiguada, que los débiles no tienen nunca derecho para hacer la guerra, ni siquiera para sufrirla.

El derecho de la guerra es la victoria, no puede ser otro; porque siendo la guerra una barbaridad, vendríamos á parar en que las barbaridades pueden tener derecho.

¿Han tenido razon alguna vez los vencidos?

La guerra es el castigo que Dios ha impuesto á la soberbia de la razon humana.

La razon moderna se presenta á las observaciones del filósofo bajo la aguda forma de un fusil de aguja.

Es el último argumento que ha inventado la ciencia del derecho.

Cuando se tienen trescientos mil hombres que triunfan, lo que ménos importa es tener razon.

La mayor parte de las grandes cuestiones que traen agitado al mundo se plantean por sí solas y se resuelven por sí mismas.

El derecho de la guerra seria verdaderamente una cuestion digna de estudio, si la guerra misma no la resolviera práctica y definitivamente siempre que el caso se presenta.

—¿Se hace la guerra cuando se quiere?

—No.

—¿Se hace cuando se debe?

—Tampoco.

—Pues ¿cuándo se hace la guerra?

—Cuando se puede.

Roma llevó sus legiones victoriosas á todas las partes del mundo conocido entónces.

—¿Cuándo hizo esto?

—Cuando pudo.
—¿Tenia derecho para hacerlo?
—No.
—Entónces, ¿cómo lo hizo?
—Haciéndolo.

España tardó siete siglos en quitarse de encima la pesada mosca de la dominacion sarracena, por la sencilla razon de que no pudo hacerlo ántes.

—¿Tenia derecho?
—Inconcuso.

La guerra es un hecho bárbaro, y por lo tanto carece de derecho; porque debe tenerse en cuenta que al que se defiende no se le puede decir con propiedad que hace la guerra, sino que la sufre.

Pero me dirán: el autor de este libro quiere poner al alcance de todas las inteligencias las eternas verdades de la justicia.

Y yo replico que hace muy bien, y añado, que acaso no podia hacer cosa mejor; pero hay un órden de inteligencias á cuyo alcance no llegan nunca las eternas verdades de la justicia.

Estas inteligencias inaccesibles son las de todos aquellos que tienen en su mano una es-

pada como la de Alejandro, legiones romanas como las de César, ó ejércitos franceses como los de Napoleon I.

El sable de más filo, la bayoneta de más punta, el cañon de más alcance, hé ahí el derecho de la guerra.

La guerra tiene por derecho la fuerza y por moral la victoria.

Es el sér racional convertido en bruto.

Es el hombre convertido en fiera.

La razon humana tiene por tribunal de apelacion la astucia ó la fuerza.

La última razon del hombre es la guerra.

La guerra es una vergüenza.

Pero ya se ve, el autor se propone al mismo tiempo despertar en todos los corazones los sentimientos más humanitarios.

¿Qué pretende? ¿Que los hombres se destrocen con toda filantropía?

¿Pretende que las guerras sean moralmente imposibles?

Lo primero no puede ser; lo segundo es.

Pero aquí el libro nos interrumpe, y abriéndose por todas sus hojas, nos dice: hé aquí lo que pretendo.

Pretendo que la guerra sea justa.

No se puede pedir ménos, y sin embargo, no se puede pedir más.

¿Qué ménos se le puede pedir á la fuerza humana que el favor de que se resigne á ser siempre el brazo del derecho?

¿Qué más se le puede pedir á la fuerza bruta de que el hombre dispone, que el sacrificio de contenerse dentro de los límites de la razon y de la humanidad?

Sin duda el autor de este libro, al acometer su laudable empresa, no ha tomado todos los datos que la civilizacion moderna arroja á nuestros ojos.

No ha visto que el nivel de la perfeccion humana ha subido á la magnífica altura que señalan todos esos admirables adelantos á que la industria civilizadora ha llevado el destructor refinamiento de todos los elementos de la guerra.

Ninguna civilizacion ni ninguna barbarie ha habido en el mundo tan rica en medios de destruccion como la civilizacion moderna.

El derecho, la razon..... hé aquí las dos grandes palabras del siglo, las dos grandes invocaciones de la edad presente.

El derecho, ante el que parece que todo el

mundo se descubre; la razon, ante la que parece que todo el mundo se arrodilla.

En nombre del derecho se intenta todo, en nombre de la razon todo se acomete.

Pero ¿qué es eso que llamamos derecho?

Una cosa muy sencilla: es todo lo que se quiere, y principalmente todo lo que se puede.

En una palabra, el derecho es la fuerza.

El derecho es esta razon que voy á decir en latin para mayor claridad: *quia nominor leo.*

El derecho es un puñado de oro, la punta de una espada, el resultado feliz de una intriga hábil, una infamia triunfante, una iniquidad victoriosa, una combinacion irresistible de la fuerza y de la fortuna.

Derecho es una palabra cuyo sentido es este: éxito.

El derecho tiene una apelacion suprema, última, definitiva, concluyente: la apelacion á la fuerza.

Los estudiantes de derecho, al salir de las aulas de la Universidad, tendrán probablemente la candidez de creer que se llevan, digámoslo así, en la cabeza el gran secreto de la armonía humana.

Es una ilusion como otra cualquiera.

Puede que algunos, muy pocos, hayan comprendido en toda su extension la fuerza del derecho; pero si hay alguno que haya penetrado en la profundidad del asunto, no lleva en sustancia más que una idea vuelta del revés, un principio cuyos términos están invertidos.

La fuerza del derecho no tiene en el mundo más que una dificultad, que consiste en una inversion profunda del órden de las palabras.

Contra la fuerza del derecho, el derecho de la fuerza.

¿Y qué cosa es la razon?

La razon, hemos averiguado que no puede ser en sustancia más que la mitad mas uno.

La razon es la cantidad, el número, la masa.

¿De quién es la razon?

De los más.

Esto es, de quien no ha sido nunca; y permítaseme que me adelante y rasgue el velo de lo que está por venir, y añada: y de quien no será jamás.

Una votacion: hé aquí el último paso de la razon humana.

Una guerra: hé aquí la última demostracion del derecho humano.

Es derecho lo que se puede, es razon lo que se quiere.

¿Quién me tose á mí con una mayoría cualquiera?

¿Quién se atreve á mi derecho teniendo yo delante un ejército formidable?

Mi razon se compone de doscientos votos.

Mi derecho se apoya en la razon suprema de cuatrocientas mil bayonetas.

Aquí se nos presenta nuestra majestuosa civilizacion desnuda como un gladiador del circo romano.

Aquí estoy yo, dice, y enseña los puños.

Voy á discutir á cachete limpio, voy á convenceros á cañonazo seco.

El derecho será del que venza, la razon del que triunfe.

Convencer es un verbo que se rie de sí mismo: vencer, esa es la gran palabra.

La guerra es la gran demostracion, no se ha encontrado otra.

Hace cinco siglos que salimos de la Edad Media: la historia lo dice; pero la historia miente. La verdadera Edad Media es esta.

No se puede vivir sin tener la mano puesta sobre la empuñadura de la espada.

Por eso, ¿quién piensa en la fuerza del derecho? pero, ¿quién no piensa en los cañones rayados ó en los fusiles de aguja?

Y por eso yo ante este libro experimento un doble sentimiento.

Yo digo:

Este libro es necesario, y pienso al mismo tiempo que semejante necesidad es una cosa muy triste.

A la vez digo:

Ese libro es inútil, y esta reflexion me desconsuela más todavía.

¡Es necesario y es inútil! hé aquí un absurdo lleno de tristeza.

Todo lo que acerca de la guerra se puede decir se le ocurrió hace ya mucho tiempo á las bien templadas hojas de las espadas de Toledo.

Como en aquellos tiempos éramos tan bárbaros, debió considerarse como cosa indispensable que el derecho y el deber fueran escritos sobre la fuerza misma.

Aquellas hojas brillantes de aquellas nobles espadas decian por una parte en letras abiertas sobre el acero:

«No me saques sin razon.»

Y por la otra parte añadian:

« Ni me envaines sin honor. »
Lo cual traducido, quiere decir:
Ante todo: « no seas bruto. »
Despues: « no seas cobarde. »

Se han borrado los artículos, y sin duda ninguna por eso tenemos estas espadas de esa noble ley que la deshonra vende, y el éxito compra, y la infamia alquila.

# LA PERFECCION DE LA GUERRA.

---

Estábamos á punto de no saber qué hacer de nuestra admiracion.

La cuestion á primera vista parece que no era más que una cuestion de ortografía, pero en realidad era una cuestion muy grave.

Podia pensarse que se acercaba el fin del mundo, como quien dice, ese momento en que cayendo por última vez el telon, les dice á los espectadores: amigos mios, esto se acabó.

Podia sospécharse que habíamos llegado á la plenitud imposible del progreso indefinido, en atencion á que ningun suceso extraordinario venia á señalar un paso más en la marcha majestuosa de la civilizacion moderna.

Parecia que se habia agotado el tesoro de los prodigios, que se habia leido la última página del libro de las maravillas humanas, que el hombre, en fin, dios de esta creacion, se habia cruzado de brazos, como quien dice: todo está hecho.

Cuando todo está hecho, ya no hay más que hacer; y cuando todo está visto, los ojos son completamente inútiles, y no queda más recurso que cerrarlos.

Tal era nuestra situacion.

Nada nuevo ni nada extraordinario venia á decirnos: admiráos; esto es, alzad los ojos ante esta nueva maravilla; arrodilláos ante el último prodigio que acaba de salir de las manos del hombre; doblad la cabeza ante este imposible realizado por el poder de la ciencia, de la industria ó del arte, cuando la voz imperiosa de la fama esparce por el mundo una nueva celebridad y un nuevo invento; maravilla que indudablemente ha de llenar de admiracion y de gratitud al mundo civilizado.

Esta vez la voz no ha salido de la vieja Europa, pues viene á iluminar el mundo moderno de las apartadas regiones de la vírgen é inocente América.

Por una coincidencia singular, cuyo secreto no está á nuestro alcance, el prodigio humano que llama á las puertas de nuestra admiracion viene del Norte de América, como ántes vinieron del Norte de Europa los bárbaros que se hicieron dueños del mundo entónces conocido.

Atila, al cabo de tantos siglos, vuelve, digámoslo así, á estar á las puertas de Roma; pero, repito, que esta vez no viene del Norte de Europa, sino del Norte de América, ni trae en la mano aquella terrible espada, terror de Italia, ni cabalga sobre aquel memorable caballo, cuyos cascos herian la tierra condenándola á esterilidad perpétua.

Donde el caballo de Atila estampaba su planta no volvia á nacer la yerba.

Atila es hoy otra cosa; es todo lo contrario: aquél era la barbarie, éste es la civilizacion; aquellas eran hordas, éstas son ideas; aquellos eran pueblos hambrientos y salvajes; éstas son sociedades civilizadas y ricas.

La diferencia que existe entre uno y otro es la que hay entre una espada y un fusil; entre uno y otro Atila se levanta como un mar de fuego la invencion de la pólvora.

Aquél era el acero, éste es el plomo; el pri-

mero era el brazo, el segundo es la cabeza.

El procedimiento de aquel bárbaro era lento, pesado, feroz; su espada tenia que destruir golpe á golpe; él mismo tenia que ir á buscar su enemigo para degollarlo.

¡Qué horror! las guerras eran interminables.

El hombre empapaba sus manos en la sangre de los hombres; era imposible matar sin que la sangre del vencido no salpicara la sangre del vencedor.

Todo eso ha ido desapareciendo poco á poco, y estamos dándole la última mano al sistema breve, pronto y culto de matar sin que las manos se manchen de sangre.

La civilizacion moderna acaba de poner este adelanto casi en los límites de la perfeccion.

Un yankee nos acaba de hacer felices, y viene del Norte de América á Europa á recoger los testimonios de admiracion que hay decretados para honrar la memoria de los grandes hombres que se han consagrado al servicio de la humanidad.

La fama, que todo lo averigua y todo lo dice, no nos ha comunicado aún el nombre de este ilustre yankee; pero debe por hoy contentarse

nuestra curiosidad con saber que es ciudadano de la gran República.

Este yankee ha inventado... descubrámonos ántes de pronunciar la luminosa palabra... ha inventado un fusil.

Ahora abramos la boca para oir con señales visibles de admiracion la primera circunstancia maravillosa de tan insigne prodigio.

Este fusil tiene un alcance de mil metros.

Asombrémonos: un poco más, y la bala de ese fusil llega á dar la vuelta al mundo.

Este instrumento civilizador se carga por la culata, y los cartuchos depositados préviamente en una cámara que sabe perfectamente su oficio, pasan al cañon con tal rapidez, que pueden hacerse treinta disparos por minuto.

Los que no están en los secretos de la civilizacion moderna; los que, por lo tanto, no sepan apreciar todo el alcance civilizador de esa admirable máquina, es posible que pregunten:

—Y bien; ¿qué ha conseguido el autor con el descubrimiento de ese terrible artículo?

Nosotros, riéndonos de tan crasa ignorancia, contestaremos:

—Por medio de este ingenioso mecanismo ha conseguido el inventor que su carabina pueda

matar treinta hombres por minuto, ó sea mil ochocientos por hora.

Y despues de dar esta respuesta, añadiremos:

—¿Le parece á usted poco?

No es posible que el mundo niegue á ese yankee ilustre el homenaje de la admiracion, rindiendo culto á un sentimiento de justicia.

Téngase en cuenta que el complicado mecanismo de su carabina ha simplificado y reducido el espectáculo de las batallas.

Sembrar un campo de cadáveres ha sido por espacio de muchos siglos una operacion trabajosa y difícil; la espada más aguda no tenia tiempo en veinticuatro horas para herir treinta veces, y jamás ha habido un brazo bastante robusto que haya podido herir durante dos horas sin rendirse.

Aquí hay, pues, un instrumento que hace en un minuto lo que ántes no podia hacer el hombre en un dia.

Veamos bien el caso que se nos presenta.

Dos ejércitos armados con esas carabinas se destrozan en un abrir y cerrar de ojos; ó el descubrimiento es casi inútil, ó cada carabina pone á treinta hombres fuera de combate, y por esta regla venimos á parar en que la ba-

talla más reñida no puede durar más de un minuto.

Pónganse dos ejércitos uno enfrente de otro, armados con esa prodigiosa carabina, y que rompan el fuego, y al minuto, reduciendo los efectos de esa arma á la mitad, tendremos que cada soldado de uno y otro ejército ha puesto fuera de combate á quince enemigos.

Si la mitad es mucho todavía, redúzcase á la sexta parte, y tendremos que en un minuto cada soldado mata á cinco enemigos, y resulta que la batalla se concluye á los veinte segundos; ó lo que es lo mismo, que ambos ejércitos desaparecen en la tercera parte de un minuto, á no ser que uno sea cuatro veces mayor que el otro.

Aun reducidos los rápidos efectos de esa prodigiosa carabina á la sexta parte, resulta que no hay batalla que pueda pasar de sesenta segundos.

Confesémoslo ingénuamente: dos ejércitos enemigos armados uno contra otro con el cólera fulminante, no se destrozarian tanto como pueden destrozarse con esas prodigiosas carabinas.

Porque, ó de esas carabinas se aprovechan

cinco tiros de treinta, ó el ingenioso yankee no ha hecho más que inventar la carabina de Ambrosio.

De todos modos, el descubrimiento es civilizador: en el primer caso, porque reduce las guerras á un sistema de abreviatura, que consiste en matar más gente en ménos tiempo; y en el segundo caso, se ve que si el instrumento no destroza treinta hombres en un minuto, la intencion del inventor era que los destrozara.

Cuando se examina el asíduo empeño con que el hombre moderno se ha consagrado á la perfeccion de toda clase de armas, se le ocurre á uno sospechar que la última palabra de esta civilizacion va á salir más tarde ó más temprano de la carabina más perfecta ó del cañon más formidable.

Parece como que toda esta ciencia, todos estos derechos, todas estas libertades, todos estos adelantos, tienen una síntesis que ha de salir del taller de algun mecánico extraordinario.

Antes se decia: la espada de Alejandro, la espada de Aníbal, la espada de César; y podemos llegar hasta el principio del siglo y decir: la espada de Napoleon.

Pero ya no hay espadas; hay carabinas *minié*, fusil de aguja, cañones rayados, ametralladoras, cartuchos *lafaucheux*.

Se ha perdido en gloria militar, pero ha ganado la fuerza de las armas.

Las guerras son más sangrientas, pero mucho más breves; lo que se pierde en sangre se gana en tiempo, y la sangre no ha sido nunca más que sangre, y el tiempo ya es oro.

Hemos llegado á la perfeccion auténtica de la guerra.

Cien mil cadáveres franceses y prusianos tendidos á las orillas del Rhin, dan precisamente en estos momentos testimonio de esta perfeccion gloriosa.

# CONCLUSION.

## I.

En 1867, movido mi ánimo por el esplendor de dos grandes sucesos, cogí la pluma y escribí estos rápidos renglones:

«Todo el mundo va á la Exposicion de París.
Este es el gran asunto de estos dias.
¿Qué es la Exposicion de París?

Por de pronto es el tema obligado de todas las conversaciones, el objeto de la admiracion universal, y el punto donde se ha dado cita el dinero del mundo para reunirse allí como en un gran bolsillo.

Mirado el caso desde el punto de vista de lo *positivo*, es un gran negocio que hace París.

Elevando un poco la consideracion sobre la

pequeñez de esos miles de millones de francos que acuden de todas partes para reunirse en París y circular por todas las venas del Imperio, la Exposicion es el resultado maravilloso de todas las fuerzas intelectuales, aplicadas con singular empeño á la perfeccion de la materia.

Digámoslo con franqueza: la Exposicion de París es el gran milagro del poder humano.

El hombre, sintiendo su corazon inflamado por el fuego de la soberbia, puede decir:

«Hé aquí mi obra.»

La materia dócil se ha sometido como una esclava á todos sus caprichos.

Parece que el hombre, infundiendo en ella su propia inteligencia, le ha comunicado su voluntad, su vida y su alma.

¡Qué perfeccion en todas las obras!

Las máquinas parecen séres animados que tejen, que hilan, que doman el hierro, que ablandan el acero, que endurecen el barro.

La naturaleza avergonzada se esconde en las soledades de los bosques, en el seno de las ásperas montañas ante la grandeza de las obras que salen de las manos del hombre.

Hace dos meses que París se abre á los ojos

del mundo como el universo que el hombre mismo se ha creado.

Allí están en exposicion admirable todos los adelantos de la civilizacion; esto es, los mármoles más ricos del mundo, los cristales más prodigiosos, el bronce más inteligente, el acero más fino, las telas más caprichosas, la materia, en fin, multiplicada por innumerables formas.

Allí está, por último, abierto á la admiracion de las gentes y al asombro de los pueblos el paraíso del hombre moderno; esto es, la gran tienda, el gran bazar, el gran mercado.

A ese templo acuden los poderosos de la tierra á adorarse á sí mismos.

Allí acude el hombre á adorar al hombre *criador* de todas aquellas cosas.

El oro, expresion sublime de aquella materia regenerada, circula por allí como el pensamiento de todas aquellas cosas, como la sangre de aquel cuerpo, como el espíritu animador de aquella materia.»

## II.

«Detrás de París está Roma, como detrás del reflejo está la luz, como detrás del movimiento

está la vida, como está el cielo detrás de las nubes.

¡Roma! ¿qué nos importa Roma en estos momentos en que brilla París iluminado por todas las luces del siglo, por todas las antorchas de la civilizacion moderna?

¿Qué nos importa ese venerable anciano indefenso en medio de tantos enemigos, abandonado de todos los poderes de la tierra?

¿Quién es ese rey sin poderosos ejércitos, sin formidables escuadras, sin tener siquiera un fusil de aguja ni un cañon rayado?

¿En qué fuerza funda su derecho?

¿Quién lo defiende? ¿quién lo ampara? ¿quién lo sostiene?

¿Por qué siendo el más débil de los reyes es el más poderoso de los hombres?

¡Todos contra él, «y él sobre todos!»

¿No es esto un absurdo? ¿no repugna esto á nuestra razon soberana?

¡Roma! ¿Qué es Roma?

Un templo levantado sobre las ruinas del imperio más grande de la tierra.

¿Quiere decir esto que no prevalecerá contra él ningun poder humano?

¡Roma! ¿y qué hay en Roma?

La fiesta de un aniversario.

La voz de diez y nueve siglos que se levanta hoy más fervorosa que nunca á bendecir el dia de la redencion del hombre.»

## III.

«¡Qué coincidencia! Mientras la voz estrepitosa del industrialismo moderno cita á todas las naciones del mundo á presenciar el asombroso espectáculo de la Exposicion de París, la voz solemne de la Iglesia católica convoca á todo el orbe cristiano á que presencie en la Ciudad Eterna las augustas fiestas del Centenar de San Pedro.

Los príncipes de la tierra corren en fastuoso tropel á derramar en corrientes de oro el humo de sus grandezas ante el altar de la soberbia Babilonia.

Los príncipes de la Iglesia acuden presurosos de todas las partes del mundo á rendir el humilde homenaje de su fe ante la cátedra de donde sale la voz de toda verdad, de toda virtud, de toda ciencia.

A París, grita la civilizacion moderna.

A Roma, exclama la civilizacion verdadera.

A París, á adorar con el fervor de todos los placeres y de todos los faustos al hombre hecho dios.

A Roma, á doblar humildemente la cabeza ante el sublime misterio del Dios hecho Hombre.

París en estos momentos es el asombro del mundo; Roma en estos instantes es el consuelo de la tierra.

¡Qué coincidencia en estas dos fiestas!

La fiesta de la tierra y la fiesta del cielo.

La fiesta de la soberbia humana y la fiesta de la humildad divina.

París: hé ahí al hombre.

Roma: hé ahí á Dios.

La industria y la Fe.

La fiesta de la civilizacion moderna y la fiesta de la civilizacion eterna.»

A los cuatro años, esto es, en Setiembre de 1870, al formar la coleccion de estos apuntes apresuradamente anotados, nos encontramos á Francia arrollada por Prusia en una campaña de veinte dias; vencida, humillada, sin sangre, sin dinero y sin honra, y Roma siempre amenazada existe todavía: ha caido

el imperio en medio del más espantoso desastre, y Roma abandonada al ódio de todos sus enemigos todavía vive: para Francia no hay esperanza; Roma áun espera.

Francia... ¡qué castigo!... Roma... ¡qué milagro!...

La soberbia Francia... ¡qué ignominia!... La humilde Roma... ¡qué milagro!...

Napoleon III avergüenza... Pio IX admira.

Desde el principio del mundo el cielo estuvo sobre la tierra, la Fé sobre la razon, Dios sobre el hombre.

# ÍNDICE.


| | Págs. |
|---|---|
| Dedicatoria | 5 |
| Introduccion | 7 |
| El principio y el fin | 17 |
| Un hombre libre | 27 |
| El hombre esclavo | 39 |
| Triunfo de la materia | 49 |
| La belleza eterna | 57 |
| La emancipacion de la mujer | 69 |
| El matrimonio civil | 81 |
| Manos vivas y manos muertas | 93 |
| La caridad moderna | 101 |
| La gran ciencia | 111 |
| Más ciencia nueva | 119 |
| El lujo de las mujeres | 129 |
| La Estrella madrileña | 137 |
| Europa, África y América | 149 |
| Lóndres, París y Madrid | 161 |
| Don Plácido Castro Verde | 169 |
| La moral y el derecho | 177 |
| La perfeccion de la guerra | 189 |
| Conclusion | 199 |